

## Más allá del valle del *Thader*: poblamiento y dinámicas territoriales en las comarcas meridionales murcianas entre los siglos v a. C.-II d. C.\*

### Beyond the *Thader* valley: settlement patterns and territorial dynamics in southern Murcia (Spain) between the 5<sup>th</sup> BC and the 2<sup>nd</sup> century AC

Leticia López-Mondéjar<sup>1</sup>

Incipit (Instituto de Ciencias del Patrimonio) - CSIC

#### RESUMEN

El presente trabajo aborda el estudio del poblamiento entre los siglos v a. C.-II d. C. en el sureste peninsular y, en particular, en los valles del Quípar y del Guadalentín. Se presenta así por primera vez un análisis de conjunto, diacrónico y comparativo, del poblamiento ibérico en toda el área meridional de la región de Murcia y de las dinámicas que marcaron su transformación con el mundo romano. Con la ayuda de un Sistema de Información Geográfica, se ha recopilado y revisado toda la información arqueológica relativa a los 202 yacimientos documentados en estos territorios, analizándola de forma combinada con aquella relativa a su contexto espacial (vías de comunicación, potencialidad agrícola de los suelos, recursos naturales, explotación tradicional e histórica, etc.). Todo ello nos permite, por un lado, trazar la evolución del poblamiento en estos territorios ofreciendo una visión de largo recorrido hasta ahora ausente en los estudios regionales y, por otro, insertar este sector murciano en los procesos que definen este periodo en otras áreas del sureste, en especial, en las vecinas tierras alicantinas y andaluzas.

#### SUMMARY

This paper explores the settlement patterns in the Iberian southeast, in particular in the valleys of the Quípar and the Guadalentín rivers, during the 5th BC-2nd century AC. It presents for the first time a global, diachronic and comparative analysis of the Iron Age and Roman sites in the southern area of Murcia, approaching the territorial dynamics which defined its transformation during those centuries. All the archaeological information of these territories (202 sites) has been compiled, reviewed and analysed through a Geographic Information Sys-

tem, along with those data relative to the spatial context of the sites (roads, lands and natural resources, traditional and historic environmental exploitation, etc.). On the one hand, these data allow us to outline the evolution of this area from a long-term perspective which the regional studies lack; on the other hand, they contribute to insert this southern area within the processes defined in the nearby territories during these centuries, such as Alicante and Andalucía.

**PALABRAS CLAVE:** mundo ibérico; mundo romano; paisaje; territorio; valle del Quípar; valle del Guadalentín; *Carthago Nova*; sureste ibérico.

**KEY WORDS:** Iron Age; Roman period; landscape; territory; Quípar valley; Guadalentín valley; *Carthago Nova*; Iberian southeast.

#### 1. INTRODUCCIÓN

El sureste peninsular constituye una de las áreas más interesantes para el estudio del mundo ibérico y de las primeras centurias que definen la ocupación romana en la península. Su localización en una zona marcada por múltiples influencias culturales, los hallazgos que han aportado los importantes yacimientos datados en dicho periodo y la presencia de *Carthago Nova* en la costa regional, son sólo algunos de los factores que justifican tal interés. A pesar de ello, el conocimiento que actualmente se tiene del poblamiento de dicho periodo en los actuales territorios murcianos es muy desigual. En este sentido, y frente al área del Segura o del *Thader*, tal y como lo citan las fuentes antiguas, abordada en diversos estudios (Lillo 1981; Santos 1992), no encontramos trabajos de conjunto sobre el poblamiento ibérico y romano

\* El presente trabajo se enmarca dentro del proyecto de investigación ALHIS ('Archaeology, Landscapes and Heritage in the Iberian Southeast'), MSCA-IF-2014-EF-654906, el cual está financiado por el programa Horizon 2020 de la Comisión Europea.

<sup>1</sup> letlopez@um.es / leticia.lopez-mondejar@incipit.csic.es. <http://orcid.org/0000-0003-2913-7476>. Marie Skłodowska-Curie Individual Fellowship.

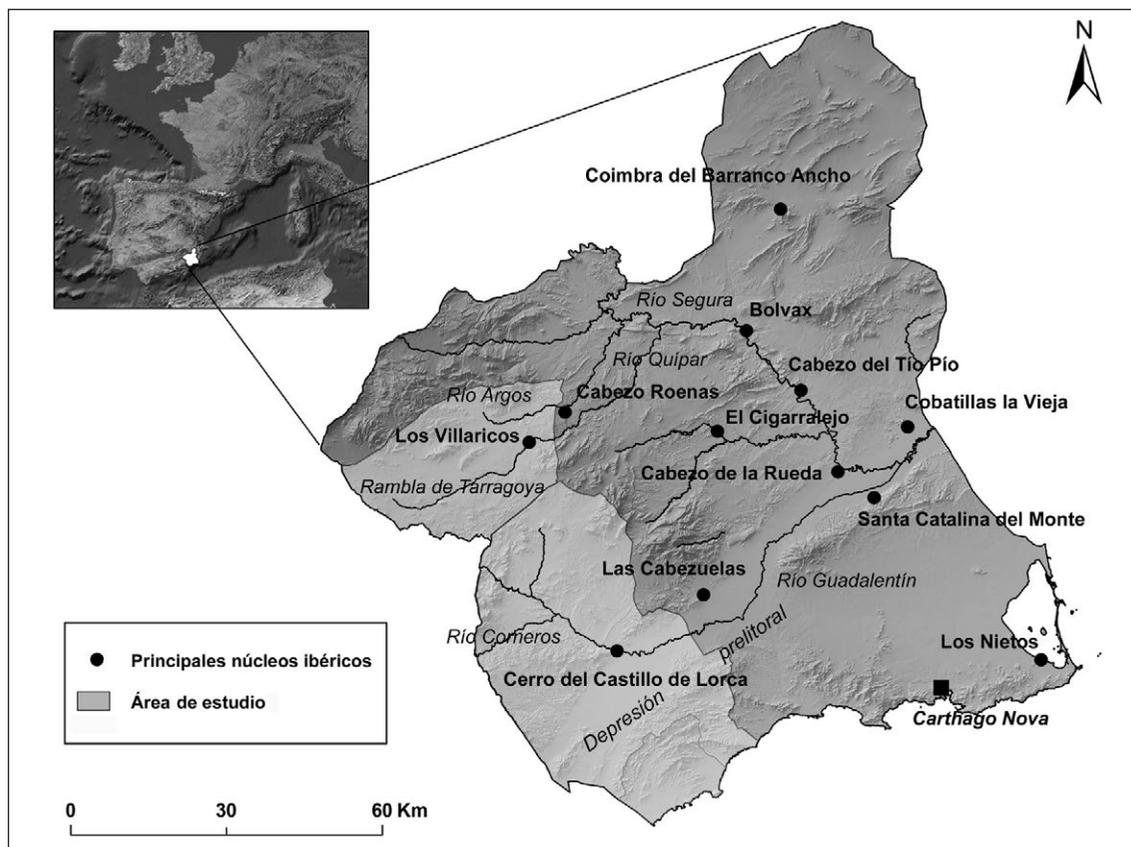


Figura 1. Localización del área de estudio en el sureste peninsular.

en los territorios más meridionales de la región y, en particular, en dos zonas claves como son los valles del Quípar y del Guadalestín (Fig. 1). Éstas, no quedan tampoco englobadas en el trabajo de Lillo (1981), a pesar de que éste constituye la síntesis más completa sobre el poblamiento ibérico murciano realizada hasta la fecha. La escasa información arqueológica disponible durante décadas sobre dichos territorios meridionales para el periodo indicado ha sido el principal factor que ha condicionado su escaso protagonismo en la historiografía regional y, a nivel más general, en aquellos trabajos que han abordado el análisis del mundo ibérico en el sur peninsular. Han quedado así al margen de muchas de las cuestiones analizadas en estos últimos en conexión con el paisaje y el territorio ibérico, tales como los procesos de centralización de la población, los modelos de explotación territorial o el desarrollo de agregaciones de carácter étnico (González *et alii* 2014; Mayoral 2004; Ruiz y Molinos 2007; Sala 2012), aspectos prácticamente desconocidos en estos sectores murcianos.

Afortunadamente, los trabajos arqueológicos desarrollados durante las últimas décadas en yacimientos

como el santuario de La Encarnación, el Cerro del Castillo de Lorca o los *castella* de Archivel y Barranda, están transformando dicho panorama. Los datos ofrecidos por dichos centros confirman el enorme interés de esos territorios meridionales murcianos para comprender las dinámicas históricas y territoriales de dicho periodo y ponen de manifiesto la necesidad de un análisis de conjunto de los mismos. Este es precisamente el objetivo del presente estudio, el cual lleva a cabo una revisión, una puesta al día y un análisis comparativo del poblamiento ibérico y romano en las cuencas media y alta de los valles del Quípar y el Guadalestín entre los siglos V a. C. - II d. C., enmarcándolo en las dinámicas poblacionales definidas durante este periodo en otras áreas del sureste y articulando su análisis en función de las propias transformaciones internas observadas en ambos territorios<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> El presente trabajo constituye una síntesis actualizada de los principales resultados de nuestra tesis doctoral, titulada *La Bastetania ibérica y su integración en el mundo romano*, presentada en la Universidad de Murcia y dirigida por el pro-

El estudio presentado se basa en el examen de un total de 202 yacimientos<sup>3</sup> de cronología ibérica y romana localizados en los términos municipales de Lorca, Totana, Aledo, Puerto Lumbreras, Caravaca y Cehegín (Fig. 2 y 3). A nivel metodológico, hemos partido de los datos aportados por las prospecciones de superficie desarrolladas durante la revisión y actualización de la Carta Arqueológica regional<sup>4</sup>, de aquellos que han ofrecido las prospecciones sistemáticas desarrolladas en determinados sectores de dichos territorios, como es el caso del valle del Corneros o el área del Estrecho de las Cuevas, y de la información recopilada a partir de la bibliografía arqueológica disponible sobre los yacimientos de esta zona meridional. Del mismo modo, se ha llevado a cabo la consulta y revisión de todos los materiales recuperados en dichos yacimientos durante las prospecciones y/o excavaciones realizadas y depositados en diversos museos regionales, como los de Cehegín, Lorca y Caravaca de la Cruz<sup>5</sup>. Se han visitado también los yacimientos más destacados así como aquellos más problemáticos, a fin de lograr una mejor definición cronológica de los mismos y conocer de primera mano los rasgos que definen su localización en el paisaje. Toda la información arqueológica recogida se ha completado además con otros datos de interés relativos a los territorios de estudio (topografía, recursos naturales, aptitud agrícola de las tierras, ejes viarios y ganaderos, etc.) y con el material cartográfico de la zona disponible en el Instituto Geográfico Nacional (mapas topográficos, cartografía histórica, fotografía aérea, modelos digitales del terreno, etc.). Finalmente, ese amplio y heterogéneo conjunto de datos ha sido integrado, gestionado y analizado a través de un Sistema de Información Geográfica, utilizando el software ArcGIS 10.2, a partir del cual se ha procedido al estudio comparativo de ambos valles murcianos<sup>6</sup>.

fesor Sebastián F. Ramallo. Agradecemos los comentarios y sugerencias de los evaluadores que han contribuido a mejorar notablemente el artículo inicialmente presentado.

<sup>3</sup> Bajo tal denominación incluimos también los miliarios romanos hallados en el área lorquina.

<sup>4</sup> Dada la extensión del territorio, especialmente en el caso del municipio de Lorca, dichas prospecciones no han sido de cobertura total, centrándose en ciertos sectores sobre los que se tenía algún tipo de información arqueológica (bien por hallazgos, noticias, etc.) y también en aquellos más desconocidos por falta de prospecciones previas.

<sup>5</sup> Agradecemos a D. Andrés Martínez y D. Francisco Brotóns, directores de dichos museos, su disponibilidad y valiosa ayuda para la consulta de los materiales y la visita a los yacimientos estudiados. Asimismo, agradecemos también al arqueólogo D. Javier Medina la información aportada sobre las prospecciones desarrolladas en el área lorquina del Corneros.

<sup>6</sup> Entre los análisis aplicados, utilizando las extensiones *3D Analysis Tools* y *Spatial Analysis* de dicho programa, cabe de-

Se ha tomado como base para el análisis del poblamiento las propias dinámicas internas observadas en el área estudiada, constituyendo las transformaciones advertidas en estos territorios los principales puntos de referencia cronológica en torno a los que se articula nuestro trabajo. Finalmente, los estudios desarrollados en otros sectores murcianos, así como también en otras áreas peninsulares próximas (Adroher y López 2004; Chávez *et alii* 2002; Martínez y Muñoz 1999 y 2002; Mayoral 2004; Moratalla 2005), han sido claves como marco comparativo en el que insertar el desarrollo observado en ambos valles regionales.

Somos conscientes de los límites y la complejidad que subyacen al estudio aquí planteado y de que en un futuro nuevos datos pueden quizás matizar o completar algunos de los muchos aspectos indicados a continuación. En cualquier caso, consideramos fundamental abordar por primera vez un estudio comparativo y de conjunto de estos territorios meridionales murcianos, que permita no sólo conocer el desarrollo de los mismos durante el periodo indicado sino también insertar dichas zonas dentro del marco más amplio del mundo ibérico y romano del sureste, el levante y el sur peninsular.

## 2. EL TRÁNSITO AL IBÉRICO PLENO Y LOS PRIMEROS CAMBIOS EN EL POBLAMIENTO (VI-V A. C.)

Para comprender la dinámica evolutiva y la articulación del territorio que se advierte en el área meridional murciana desde finales del v a. C. y especialmente a lo largo de los siglos IV-III a. C., cabe atender al panorama que caracteriza estos territorios durante las centurias previas y sobre todo a los cambios que se advierten en el tránsito de los siglos VI-V A. C.

A lo largo del Ibérico Antiguo el valle del Guadalentín y su afluente, el río Corneros, constituyeron uno de los principales ejes de conexión de estos territorios con la Alta Andalucía. Como resultado, un amplio número de establecimientos aparecen localizados en sus márgenes, emplazados no sólo junto a esas vías naturales de comunicación sino también próximos a aquellas tierras más aptas para las actividades agropecuarias. Entre todos ellos destaca el núcleo emplazado en la Torre de Sancho Manuel, no lejos del curso del Guadalentín (Fig. 4). Se trata de uno de los pocos centros excavados de este periodo, mostrando sus materiales claras similitudes con los

stacar aquellos relativos al estudio de las cuencas visuales e intervisibilidad, análisis de las áreas de captación de recursos de dichos yacimientos y análisis de rutas óptimas.

Núm.	Yacimiento	Municipio	Hasta el V a.C.	IV-III a.C.	II-I a.C.	I-II	Desde el III (Bajoimperial)
1.	Altobordo	Lorca				X	X
2.	Asprodes I	Lorca				X	X
3.	Asprodes II	Lorca				X	
4.	Baños de Fuensanta	Lorca			¿X?	X	X
5.	Bodega de Abajo I	Lorca	X				
6.	Cabezo de las Pupas	Lorca	X				
7.	Cabezo Redondo	Lorca					X
8.	Cañada de Burreros	Lorca				X	X
9.	Casa Contreras	Lorca				X	
10.	Casa de Beltrán	Lorca				X	
11.	Casa de la Venta I	Lorca	X			X	
12.	Casa de la Venta II	Lorca					X
13.	Casa de la Venta III	Lorca				X	
14.	Casa de la Venta IV	Lorca				X	
15.	Casa de las Ventanas	Lorca				X	
16.	Casa de las Ventanas	Lorca				X	X
17.	Casa de los Calares	Lorca				¿X?	¿X?
18.	Casa del Rollo	Lorca				X	
19.	Casas de Peña María	Lorca					X
20.	Casas del Rubio	Lorca				X	X
21.	Cementerio de los Moros	Lorca				X	
22.	Cerro de la Encantada	Lorca				X	X
23.	Cerro de las Viñas	Lorca				X	X
24.	Cerro del Calvario	Lorca				X	X
25.	Cerro del Castillo de Lorca	Lorca	X	X	X	X	X
26.	Cerro Pelado	Lorca		X			
27.	Cortijo del Centeno	Lorca				X	
28.	Coto de los Tiemblos	Lorca		X	X		
29.	Cuesta de Diego Lario	Lorca				X	X
30.	El Albardinar I	Lorca	X				
31.	El Albardinar II	Lorca				X	X
32.	El Armao de Abajo	Lorca				X	
33.	El Baldío	Lorca				X	X
34.	El Castellón	Lorca		¿X?		X	
35.	El Cermeño	Lorca				X	X
36.	El Chorrillo (necrópolis)	Lorca	X				
37.	El Chorrillo II	Lorca	X				
38.	El Churtal	Lorca	X			¿X?	
39.	El Jardín I	Lorca			X	X	
40.	El Jardín II	Lorca				X	X
41.	El Lomo	Lorca				X	

Núm.	Yacimiento	Municipio	Hasta el V a.C.	IV-III a.C.	II-I a.C.	I-II	Desde el III (Bajoimperial)
42.	El Rincón	Lorca			¿X?	X	X
43.	El Villar de Coy	Lorca				X	X
44.	Ermita de los Carrascos	Lorca				X	
45.	Ermita del Pozuelo	Lorca				X	
46.	Finca del Conde Campillo	Lorca				X	
47.	Finca Miñarro	Lorca				X	X
48.	Fuente del Cabezo del Asno	Lorca				X	
49.	Fuentecica del Tío Garrulo	Lorca		X	X	X	X
50.	La Alberquilla	Lorca				X	
51.	La Alquería de Beas	Lorca	X		X	X	X
52.	La Hoya de la Escarihuela	Lorca		¿X?		X	
53.	La Jarosa I	Lorca					X
54.	La Jarosa II	Lorca				X	
55.	La Parroquia	Lorca	X			X	
56.	La Quinta	Lorca				X	
57.	La Quintilla	Lorca			X	X	
58.	La Tejerica	Lorca	X	X	X		
59.	Las Hermanillas II	Lorca				X	
60.	Los Alagüeces	Lorca			X	X	
61.	Los Arrieros	Lorca				X	
62.	Los Balcones	Lorca				X	X
63.	Los Baldazos	Lorca				¿X?	X
64.	Los Cantos	Lorca		X	X	X	X
65.	Los Villares	Lorca				X	X
66.	Luchena II	Lorca				X	X
67.	Miliario de La Parroquia	Lorca					X
68.	Pelailla II	Lorca					X
69.	Pelailla III	Lorca				X	
70.	Peña María V	Lorca		X		¿X?	
71.	Rodadas v. Augusta	Lorca				¿X?	¿X?
72.	Santa Teresa	Lorca					X
73.	Tirieza Baja	Lorca	X				
74.	Torralba I	Lorca				X	X
75.	Torralba II	Lorca				X	X
76.	Torre de Sancho Manuel	Lorca	X		X	X	
77.	Triptolemos	Lorca				X	
78.	Venta Ossete	Lorca					X
79.	Villa de Gales	Lorca				X	

Núm.	Yacimiento	Municipio	Hasta el V a.C.	IV-III a.C.	II-I a.C.	I-II	Desde el III (Bajoimperial)
80.	Villa de La Fuensanta	Lorca				X	
81.	Villa de Ponce	Lorca				X	
82.	Villa del Río	Lorca				X	X
83.	Viveros Ibarra	Lorca				X	
84.	Cabezo del Trigo	Puerto Lumbreras				X	
85.	Cañada Alba	Puerto Lumbreras		X			¿X?
86.	Castillo de Nogalte	Puerto Lumbreras				¿X?	¿X?
87.	Vilerda	Puerto Lumbreras	X	X			
88.	Caserío de los Allozos	Aledo				X	X
89.	Chichar I	Aledo			¿X?	X	¿X?
90.	El Caño (necrópolis)	Aledo				X	X
91.	Huerta Nueva I	Aledo				X	X
92.	Los Allozos II	Aledo				X	
93.	Las Cabezuelas	Totana	X	X	X		
94.	Raiguero Alto	Totana			X	X	X
95.	Barranco del Moro	Caravaca			X		
96.	Cabezo de la Fuente de Los Morales	Caravaca		X	X		
97.	Camino del Tugurio	Caravaca				¿X?	
98.	Campo Coy	Caravaca			X		
99.	Canalón Viejo	Caravaca					X
100.	Casa Alta de Pinilla	Caravaca				X	
101.	Casa de Aroca	Caravaca				X	
102.	Casa de la Loma	Caravaca				X	X
103.	Casa de la Vereda	Caravaca			X		
104.	Casa de las Ánimas	Caravaca		X		X	
105.	Casa de los Morales	Caravaca				X	X
106.	Casa de Los Picones	Caravaca				X	¿X?
107.	Casa de los Villaricos	Caravaca				X	
108.	Casa de Mairena	Caravaca			X		
109.	Casa de Torre Mata	Caravaca				X	X
110.	Casa del Guarda	Caravaca				X	
111.	Casa Grande	Caravaca				X	X
112.	Casa Liorna	Caravaca				X	X
113.	Casa Muso	Caravaca			X		
114.	Casa Nieves	Caravaca		X		X	
115.	Casa Noguera	Caravaca			X	X	X
116.	Casa Oñate	Caravaca				X	
117.	Casa Quemada	Caravaca			X		

Núm.	Yacimiento	Municipio	Hasta el V a.C.	IV-III a.C.	II-I a.C.	I-II	Desde el III (Bajoimperial)
118.	Casa Serrano	Caravaca		X	X	¿X?	
119.	Casas del Castillico	Caravaca			X		
120.	Cerro de la Carrasca	Caravaca	¿X?	¿X?			X
121.	Cerro de la Cueva I	Caravaca			X		
122.	Cerro de la Cueva IV	Caravaca		X			
123.	Cerro de la Ermita de La Encarnación	Caravaca		X	X	X	X
124.	Cerro de la Ermita de Singla	Caravaca				X	X
125.	Cerro de las Canteras de Campo Arriba	Caravaca		X			
126.	Cerro de las Fuentes de Archivel	Caravaca			X		
127.	Cerro de Mairena	Caravaca		X			
128.	Cerro del Castillo de Caravaca	Caravaca				X	X
129.	Cerro del Moral	Caravaca			X	X	X
130.	Cerro Perona	Caravaca		X			
131.	Cerro Rompesparteñas	Caravaca			X		
132.	Cortijo de la Represa	Caravaca				X	X
133.	Cortijo del Villar	Caravaca				X	X
134.	Coto Don Joaquín	Caravaca		X			
135.	Cueva de la Barquilla	Caravaca				X	X
136.	Cueva de la Doncella	Caravaca				¿X?	¿X?
137.	Cueva de la Pila	Caravaca				X	¿X?
138.	Cueva del Canal	Caravaca				X	
139.	Cueva del Remolino	Caravaca				X	
140.	El Altico de Barranda	Caravaca			X		
141.	El Bañuelo	Caravaca					X
142.	El Cabecico de Singla	Caravaca				X	X
143.	El Calar de La Encarnación	Caravaca			X	¿X?	¿X?
144.	El Carrelero	Caravaca				X	¿X?
145.	El Empalme	Caravaca				X	X
146.	El Frontón	Caravaca				X	
147.	El Manantial de La Junquera	Caravaca				¿X?	
148.	El Palomar	Caravaca			X		
149.	El Pocico de Singla	Caravaca				X	X
150.	El Redil	Caravaca				X	
151.	El Tesorico de Barranda	Caravaca				X	X
152.	El Tugurio	Caravaca				¿X?	
153.	El Villar de Archivel	Caravaca		X	X	X	

Núm.	Yacimiento	Municipio	Hasta el V a.C.	IV-III a.C.	II-I a.C.	I-II d.C.	Bajoimperial (desde el III)
154.	El Villar de Benablón	Caravaca				¿X?	
155.	Era Alta	Caravaca		X	X		X
156.	Ermita de San Javier	Caravaca		X			
157.	Fuente de Benablón	Caravaca				¿X?	
158.	Fuente de la Capellanía	Caravaca			X		
159.	Fuente de la Teja	Caravaca			X	X	X
160.	Fuente de las Tosquillas	Caravaca			X	¿X?	
161.	Fuente de los Royos	Caravaca				X	X
162.	Fuente del Cortijo de Pulpite	Caravaca				X	X
163.	Fuente del Moral	Caravaca		X		X	X
164.	Hoya Molinos I	Caravaca				¿X?	
165.	La Cabezuela de Barranda	Caravaca			X		
166.	La Casica	Caravaca				¿X?	
167.	La Chopera	Caravaca	X	X			
168.	La Poza (necrópolis)	Caravaca		X	X	X	X
169.	La Solana	Caravaca			X		
170.	La Tenada del Cortijo de Pulpite	Caravaca		X			
171.	La Tercia o Molino de Singla	Caravaca		¿X?		X	
172.	La Ventica	Caravaca				X	
173.	La Cabezuela de Navares	Caravaca			¿X?		
174.	Las Carrasquicas	Caravaca		X		X	X
175.	Las Casicas de Barranda	Caravaca				X	
176.	Las Casicas de Campo Arriba	Caravaca		X		X	
177.	Loma de la Casa Nueva	Caravaca		X	X		
178.	Loma de la Ventica I	Caravaca			X	X	X
179.	Loma del Camino del Selvalejo	Caravaca				X	X
180.	Loma del Cortijo de Pulpite	Caravaca		X		X	
181.	Los Paradores	Caravaca				X	X
182.	Los Villares	Caravaca	X				
183.	Los Villaricos	Caravaca		X	X	X	X
184.	Los Villaricos (necrópolis)	Caravaca		X	X		
185.	Molinos de Papel	Caravaca			X	X	
186.	Ocho casas	Caravaca				X	
187.	Peña Cortada	Caravaca					X

Núm.	Yacimiento	Municipio	Hasta el V a.C.	IV-III a.C.	II-I a.C.	I-II d.C.	Bajoimperial (desde el III)
188.	Puente de la Almudema	Caravaca			¿X?	X	X
189.	Rincón de Guitarra	Caravaca				X	
190.	Santa Inés	Caravaca			X	X	
191.	Torrecica de Singla	Caravaca				X	
192.	Villa de la Poza	Caravaca				X	X
193.	Villa del Canal	Caravaca				X	
194.	Villapatos	Caravaca				X	
195.	Cabezo Roenas	Cehegín		X	X	X	X
196.	Cantalobos	Cehegín		X		X	X
197.	Casa del Paso a Nivel	Cehegín		X			
198.	Morro de la Cerámica	Cehegín	¿X?	X	X	X	
199.	Miliario de El Hornillo	Lorca			X		
200.	Miliario de San Vicente	Lorca			X		
201.	Miliario de Los Baldazos	Lorca					X
202.	Miliario de Hoya España (El Hinojar)	Lorca			X		

Figura 2. Tabla de yacimientos incluidos en el análisis (los números corresponden a los de la figura 3).

documentados en el Castellar de Librilla (grandes contenedores similares a los tipos V. K. 5 y 6 de Librilla, platos con labio vuelto tipo III. G. 10 y tipo VI. G. 8, fuentes carenadas tipo I. A. 1 (Ros 1989; Martínez Rodríguez 1996).

El poblamiento de este periodo muestra una especial concentración en el entorno del Corneros, donde se documentan numerosos centros, como los localizados en La Bodega de Abajo, Casa de la Venta, El Albardinar, El Churtal y La Parroquia (Martínez y Muñoz 1999) (fig. 4). Más allá de este sector, el paisaje de estas centurias aparece completado en la comarca por el *oppidum* localizado en el Cerro del Castillo de Lorca, centro principal de toda esta zona y que ya en este periodo aparece a la cabeza del poblamiento del valle.

El tránsito entre los siglos VI-V a. C. representa un punto de inflexión en el poblamiento de estos territorios, marcado por la desaparición de la mayor parte de los yacimientos del periodo anterior. Dicha desaparición es especialmente visible en el valle del Corneros, donde ninguno de dichos centros aparece ocupado en las centurias siguientes. Se observa así, a partir del V a. C., un cambio en los ejes viarios de esta zona meridional, marcado por el abandono de dicho valle a favor del vecino eje del Quípar, que

parece convertirse ahora en la nueva ruta hacia tierras andaluzas (López-Mondéjar 2009). En este sentido, apuntan algunos de los hallazgos localizados en esta última zona de estudio, como las cerámicas áticas halladas en La Chopera o el conocido centauro de Los Royos (Caravaca de la Cruz), que sólo pueden comprenderse en conexión con la inserción de esta zona interior murciana en las rutas de intercambio por las que a partir de ahora circularán los productos griegos por tierras del sureste. El panorama descrito para el Corneros puede además hacerse extensivo hasta la vecina comarca almeriense de Los Vélez, donde se ha documentado también una evolución similar en el poblamiento, marcada por la desaparición de numerosos asentamientos en el entorno de la ruta que continua desde el Corneros y por un escaso poblamiento en todo este sector que no volverá a reactivarse hasta época republicana (Martínez y Muñoz 1999: 84-85).

En este marco la principal cuestión que se plantea es qué factores estuvieron tras dichos cambios y, aunque resulta complejo vincular éstos a una causa concreta, sí podemos señalar dos aspectos a tener presentes. Por un lado, las transformaciones que desde la centuria anterior afectaron al mundo púnico del sureste, definidas por la expansión del núcleo de Villaricos (Almería) (Cámlich y Martín 1999;

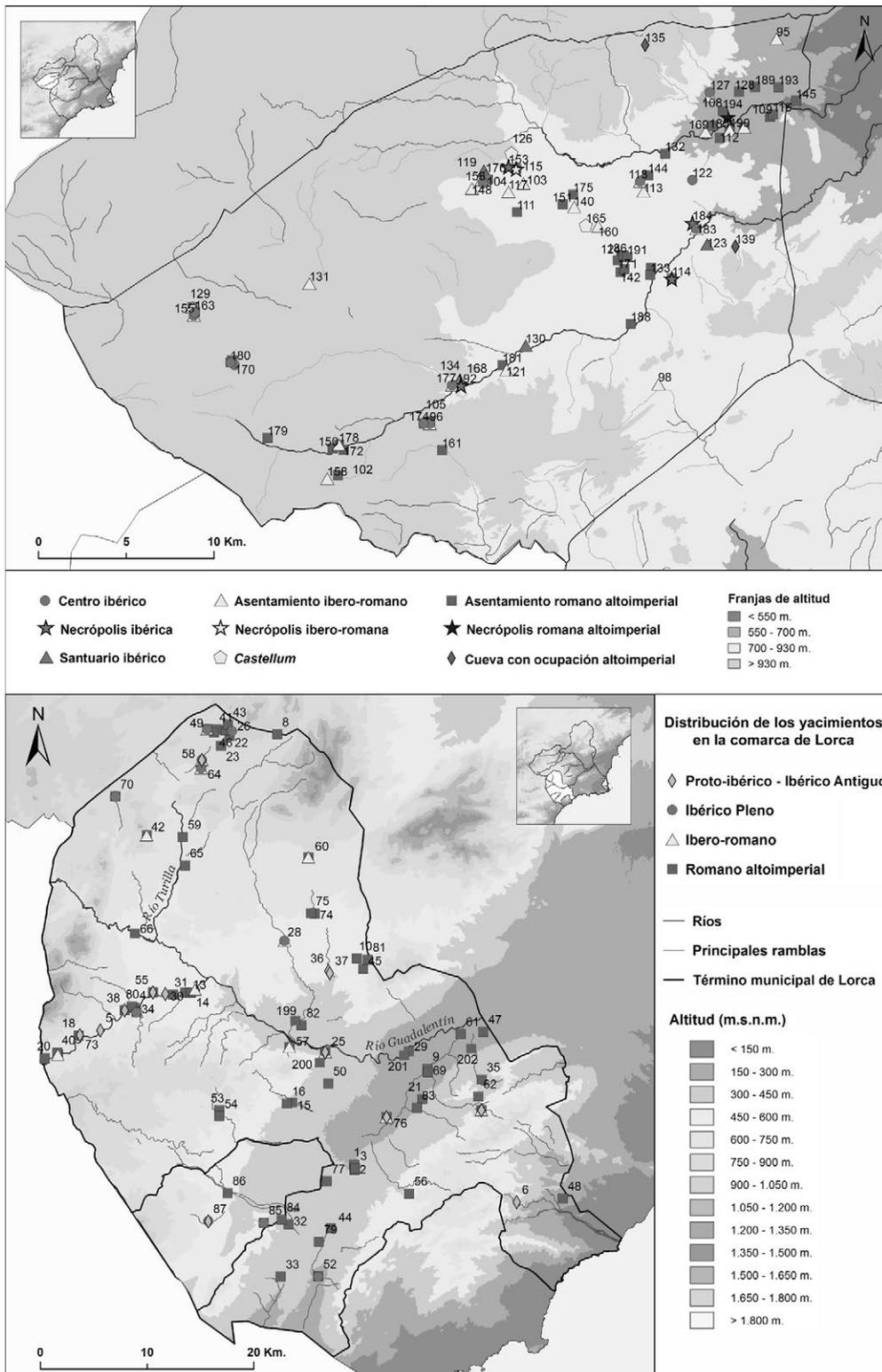


Figura 3. Distribución de los principales yacimientos de los siglos v a.C.-II d.C. en el área de estudio.

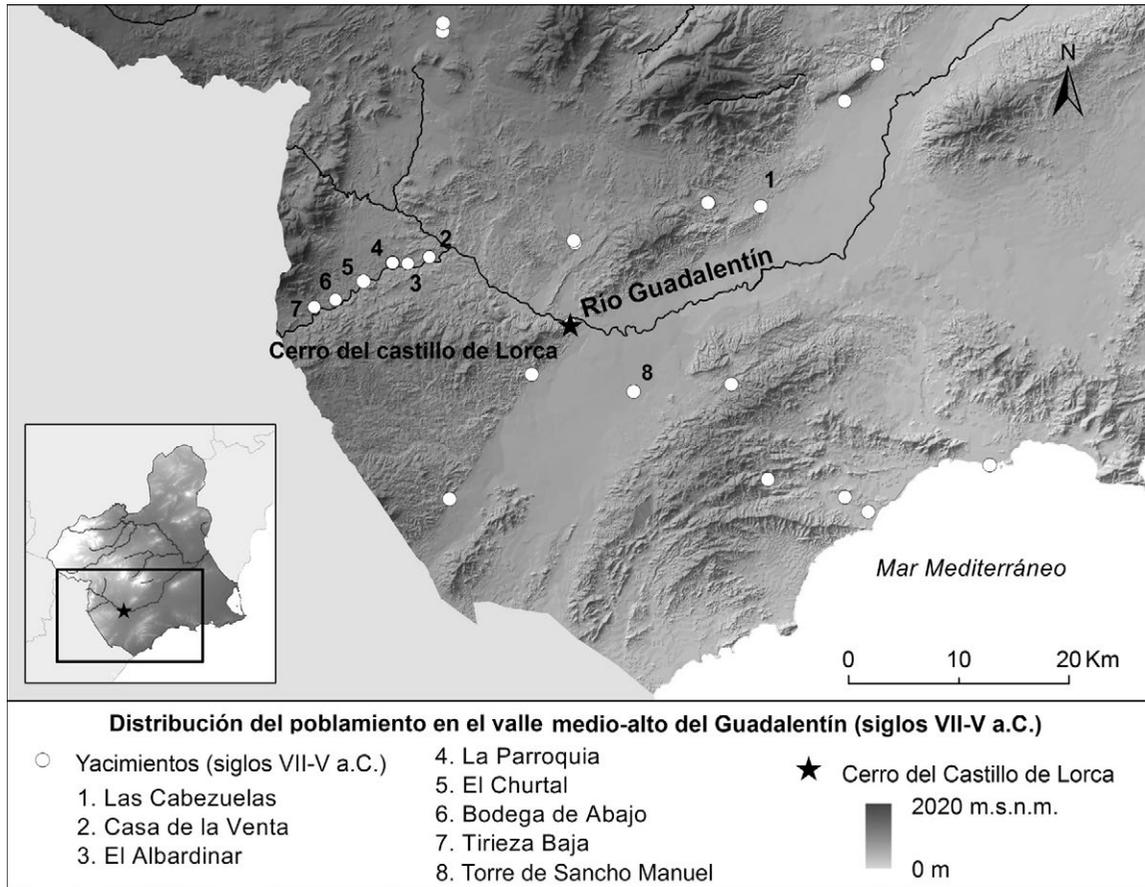


Figura 4. Poblamiento en el valle del Guadalentín y principales yacimientos documentados a lo largo del curso del Corneros entre los siglos VII-V a.C.

Chávez *et alii* 2002: 95-98); por otro, los cambios documentados a nivel económico y poblacional en las vecinas tierras andaluzas, granadinas y jiennenses (Adroher *et alii* 2002: 46-52). Éstos últimos coinciden además cronológicamente con los observados en la zona meridional murciana siendo precisamente el panorama que ofrecen las tierras orientales granadinas el que muestra claros paralelos con el área de estudio. También en esta zona andaluza se observan, en el tránsito de los siglos VI-V a. C., importantes cambios en el poblamiento con la desaparición de numerosos centros, así como transformaciones en las redes de intercambio (Aguayo y Adroher 2002: 9-17), panorama que encaja especialmente con el descrito para estos momentos en el valle del Guadalentín y, en particular, en el Corneros. Una situación similar se documenta también en el entorno del Segura y en la zona meridional alicantina. Aquí, el abandono de diversos asentamientos se ha puesto en conexión con cambios de tipo económico y comercial y, en última

instancia, con los fenómenos que afectaron al mundo fenicio en este periodo (Moratalla 2005: 99-101).

Al margen de los factores que marcaron dichas transformaciones, lo cierto es que el paisaje que se observa en los valles de estudio, y concretamente en el Guadalentín, a partir del siglo V a. C. es muy distinto al de las centurias anteriores. Únicamente aparecen ocupados el Cerro del Castillo y un número reducido de centros dispersos en las proximidades del Guadalentín, la depresión prelitoral y el sector de los altiplanos de Coy-Doña Inés. En el valle del Quípar, atendiendo al número de yacimientos constatados, el panorama no parece en principio muy diferente, si bien los materiales muestran una mayor inserción de este sector en los ejes de intercambio. En esta zona sólo podemos plantear una ocupación durante el siglo V a. C. en dos centros: el *oppidum* de Los Villares y el establecimiento rural emplazado en La Chopera, cuyo patrón de asentamiento muestra claros paralelos con los núcleos lorquinos. Localizado también en

una ladera baja, junto a la rambla de Tarragoya, ha ofrecido materiales que permiten llevar su cronología hasta este periodo. En este sentido, se documentan en superficie cerámicas de almacenamiento ibéricas tales como tinajas de cuerpo globular u ovoide, típicas del Ibérico Antiguo (si bien documentadas hasta el Ibérico Pleno), tinajillas de borde subtriangular, sin hombro y con el cuello destacado (similares al tipo A.II.2.2.2. de Bonet y Mata (2008) y típicas del Ibérico Antiguo) y ánforas de borde saliente y hombro carenado, datadas entre los siglos VI-IV a. C. Asimismo, aparecen también restos de cerámica común ibérica (un fragmento de *oinochos* (tipo A.III.2.1.), un pequeño plato de borde reentrante (forma similar al tipo A.III.8.2.2., de amplia cronología), un plato de ala plana (tipo A.III.8.1.), urnas de orejetas (A.II.4.1.) y cerámica pintada (incluidos algunos fragmentos de cerámica bicroma, y fragmentos decorados con pintura rojiza geométrica de bandas y líneas paralelas y onduladas, así como con los típicos tejadillos)<sup>7</sup>. Durante nuestra visita al yacimiento, localizamos además dos fragmentos de cerámica ática, uno de ellos de figuras rojas, del pintor del *Fat Boy* de la primera mitad del siglo IV a. C.

Junto a La Chopera, el otro núcleo que vemos ocupado durante el V a. C. en el valle del Quípar es el *oppidum* de Los Villares (Fig. 5). Su patrón de asentamiento unido a su cultura material y su amplia extensión, hacen de él un yacimiento destacado, otorgándole un carácter especial dentro del poblamiento del valle. Destaca además su localización en el área del Estrecho de las Cuevas, punto destacado en el paisaje y sector clave en la ruta hacia Andalucía, con una importante ocupación desde época prehistórica. Las prospecciones realizadas recientemente en el yacimiento, dirigidas desde la Universidad de Murcia, han puesto de manifiesto la amplia dispersión del material ibérico en su superficie y el considerable tamaño que debió alcanzar este núcleo, revelando su importancia entre los centros de este periodo en el sureste. Asimismo, su emplazamiento le ofreció además destacadas ventajas desde el punto de vista de las comunicaciones y una inigualable defensa, a la que cabe sumar la que le otorgaron sus murallas. Los datos aportados por las prospecciones de superficie realizadas muestran un claro *hiatus* entre el final de este asentamiento y el inicio de la ocupación, ya en el siglo IV a. C., del localizado en el vecino cerro de Los Villaricos (Fig. 5). Desafortunadamente, sin embargo,

<sup>7</sup> Si bien este yacimiento fue excavado en el año 2004, los resultados de dichos trabajos arqueológicos permanecen aún inéditos, no habiendo sido posible consultar tampoco los materiales recuperados en los mismos.

y a pesar de su enorme interés para comprender las dinámicas poblacionales en esta área murciana con anterioridad al IV a. C., la ausencia de excavaciones impide conocer mejor el desarrollo del *oppidum* en este periodo. En cualquier caso, queda claro el destacado papel de dicho centro en el paisaje del valle durante los momentos previos a esa cuarta centuria, un panorama que muestra claras similitudes con el indicado para el valle del Guadalentín.

En la comarca lorquina el núcleo emplazado en el Cerro del Castillo, bajo el actual casco urbano de dicha población (Fig. 5), aparece también definido en el siglo V a. C. como el centro principal de todo este sector. Las excavaciones realizadas y las tumbas monumentales documentadas en su necrópolis y datadas en esa quinta centuria (Martínez Rodríguez 2008; Ramos y García 2004: 110), reflejan una amplia complejidad social y la presencia de una élite indígena destacada en dicho asentamiento. Si su proximidad al curso del río y a tierras especialmente aptas para el cultivo apuntan a las actividades agropecuarias como la principal base económica de este núcleo, los hallazgos documentados muestran también un amplio desarrollo de las actividades artesanales y de intercambio. Ejemplo de ello es la presencia del horno de tradición oriental hallado en el sector de La Alberca con una cronología del siglo VI a. C., asociados al cual aparecen diversos fragmentos de ánforas fenicias del tipo R-1 (Martínez Alcalde 2006). En conexión con dichas actividades no podemos descartar que, dentro del nuevo contexto del sureste, marcado a partir del V a. C. por el auge de Villaricos, el Cerro del Castillo reorientase su economía en función de los intercambios con dicha zona andaluza, con la que ya al menos desde la centuria anterior existía una clara conexión y que se encuentra ahora en clara expansión, tal y como parecen reflejar los materiales de importación documentados en dicho centro (Martínez Alcalde 1998).

En general, la presencia de ambos *oppida* y los escasos yacimientos documentados en el V a. C. en los dos valles analizados muestran un modelo de poblamiento centralizado y jerarquizado en dichos territorios. Si bien es cierto que nuevos trabajos de campo pueden dar a conocer otros centros, el número claramente inferior de los núcleos localizados para este periodo en comparación con las centurias siguientes lleva a pensar que tal escasez de asentamientos no responde únicamente a un vacío de investigación. De este modo, será ya durante el IV a. C. cuando se adviertan nuevos cambios en estos territorios, coincidiendo con el desarrollo que adquieren también otros sectores regionales y las vecinas tierras de Andalucía oriental (Lillo 1981: 78; García Cano e Iniesta 1984: 74-75; Santos 1992).

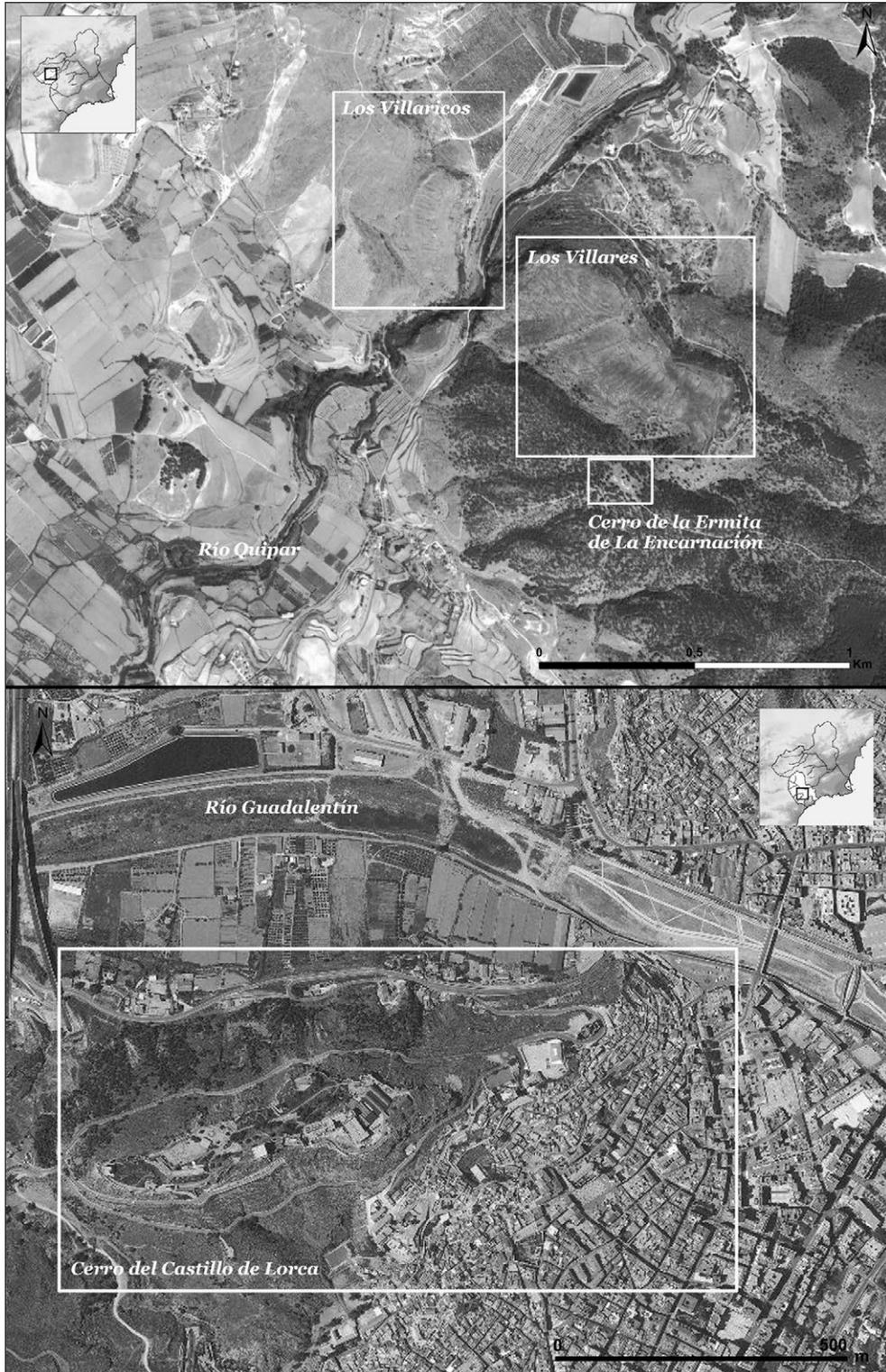


Figura 5. Vista aérea de los *oppida* localizados en los valles de estudio (Los Villares, Los Villaricos, Cerro del Castillo de Lorca) y del santuario del Cerro de la Ermita de La Encarnación.

### 3. EL MUNDO IBÉRICO DE LOS SIGLOS IV-III A. C. EN LOS VALLES DEL QUÍPAR Y EL GUADALENTÍN

El tránsito entre los siglos v-iv a. C. marca un nuevo periodo de cambios en el Sureste peninsular, incluidos los territorios meridionales murcianos. Es en estos momentos cuando se observa el desarrollo de los principales *oppida* regionales (Santos 1992: 41-45), marcado por la consolidación en el territorio de aquellos ocupados durante el periodo anterior, como el Cerro del Castillo de Lorca en el Guadalentín, y por el surgimiento de otros nuevos, como Los Villaricos en el valle del Quípar. Precisamente dichos cambios en el poblamiento, visibles también en los valles analizados, se han relacionado en otras áreas regionales con el desarrollo de otra serie de transformaciones de tipo socioeconómico (Lillo 1985: 274-276; Santos 1992: 191-192).

En los valles de estudio el siglo iv a. C. se define por la consolidación de los dos grandes núcleos comarcales, el Cerro del Castillo y Los Villaricos. Éste último inicia su ocupación precisamente en esa cuarta centuria (García Cano 1992), momento en el que se produce también en el valle del Quípar el desarrollo de un amplio poblamiento secundario de carácter heterogéneo. En su mayor parte se trata de centros de reducida extensión (apenas 1 ha) situados en pequeños cerros y lomas de escasa altura. Aparecen localizados en torno al valle del Quípar y en los sectores de altiplanos próximos a dicho curso fluvial, sin presentar restos de defensas artificiales. Asimismo, se localizan en zonas especialmente aptas desde el punto de vista agropecuario que permiten ponerlos en conexión con la explotación de estos territorios (Fig. 6), aspecto al que también apuntan los hallazgos documentados en aquellos que han sido excavados. En concreto, la necrópolis del Villar de Archivel ha ofrecido elementos que reflejan la importancia de la ganadería en esta zona del interior regional, una actividad histórica y tradicionalmente documentada de forma amplia en este sector y de la que las múltiples vías pecuarias que discurren por él son también un claro reflejo. En muchos de los enterramientos excavados en dicha necrópolis aparecen abundantes pesas de telar y otros elementos vinculados con actividades ganaderas, como tijeras de esquilar (Brotóns 2008).

El surgimiento del *oppidum* de Los Villaricos coincide también en este sector con el desarrollo del santuario de La Encarnación (Ramallo *et alii* 1998: 11-69) (fig. 5). Este lugar de culto, cuyo origen cabe vincular directamente a la presencia del *oppidum*, apunta al desarrollo de un proceso similar al documentado en otras zonas ibéricas próximas, como el valle

del Segura, la zona jiennense y la alicantina (Ruiz y Molinos 2007: 111-120), marcado por la afirmación geopolítica de las élites locales en el territorio y en el que la aparición de los lugares de culto juega sin duda un papel destacado.

Un panorama similar al trazado para el valle del Quípar se observa también en el área lorquina donde, sin embargo, no se aprecia un incremento destacado en el número de asentamientos con respecto al periodo anterior. Así, y aunque junto al *oppidum* del Cerro del Castillo, que continua ocupado, surgen ahora nuevos centros en otros sectores comarcales, el número de los documentados es menor en comparación con el Noroeste regional y, sobre todo, con respecto a los que veíamos en este territorio durante los siglos vii-vi a. C. Todos ellos ofrecen una extensión similar a los localizados en el área del Quípar, presentando algunos un tamaño más amplio como es el caso de los emplazados en Los Cantos y en el Coto de los Tiemblos (que superan las 2,5 has). Todos muestran, al igual que los del Noroeste regional, una clara vocación agrícola, caracterizándose su registro material por la presencia de numerosos recipientes de almacenaje ibéricos (tinajillas de borde moldurado y sin hombro, similares al tipo A. II. 2. 2 de Mata y Bonet; otras con hombro ligeramente marcado del subtipo A. II. 2. 1, propio del Ibérico Pleno; así como ánforas y tinajas lisas y pintadas con decoraciones geométricas), a los que cabe sumar también la aparición de otras formas cerámicas (escudillas con bordes sin diferenciar, platos del tipo A. III. 8. 1 con borde exvasado, forma típica de los siglos v-iv a. C. en El Cigarralejo (Bonet y Mata 2008); cuencos de borde recto del tipo III. 9).

Desde el punto de vista económico, un análisis de conjunto de esos nuevos yacimientos localizados en ambos valles pone de manifiesto la importancia de las tierras de cultivo como elemento fundamental en el desarrollo y en la propia decisión locacional de dichos asentamientos, aspecto al que debemos sumar las actividades ganaderas<sup>8</sup>. Cabe pensar así para ambas zonas en una economía fundamentalmente agropecuaria que se vio además completada en el caso de los *oppida* con actividades de intercambio y de tipo artesanal, las cuales constituyeron sin duda un elemento clave en el desarrollo socioeconómico de dichos centros. En conexión con estas últimas están precisamente los materiales áticos recuperados en Los Villaricos y,

<sup>8</sup> Los resultados que aporta el análisis de las áreas de captación económica de tales centros (*site catchment analysis*), y el carácter de las tierras que quedan englobadas en las mismas, reflejan las claras ventajas que ofrece el entorno de dichos asentamientos para el desarrollo de una explotación de tipo agropecuario.



zonas, sino más bien con la conquista romana de dicho núcleo y con los cambios que el nuevo contexto sociopolítico implicó, especialmente para aquellos asentamientos emplazados cerca de los principales ejes de comunicación como lo fueron ambos valles regionales (Sala 2012). Entre los materiales documentados en ellos podemos destacar el predominio de recipientes anfóricos y de almacenamiento. Asimismo cabe señalar la aparición de otras formas cerámicas con decoración geométrica, como un cuenco de borde recto del tipo III. 9. de Bonet y Mata (2008) en Vilerda, soportes cerámicos, y una boca de cantimplora y un posible *kalathos* en el yacimiento de Era Alta. En este último se ha hallado también un fragmento de una pátera ática de barniz negro (siglo IV a. C.) y cerámica de barniz rojo (Fernández y Serrano 1995).

En segundo lugar, queda un conjunto de centros de número más reducido, cuya extensión (1,5-2,5 ha) y registro material muestran una mayor entidad. Estos núcleos, que vemos en ambos valles y que representan aproximadamente el 30% del total de centros documentados en este periodo, presentan también una mayor continuidad en su ocupación, extendiéndose hasta los siglos II-I a. C. a juzgar por la aparición de producciones itálicas en su registro material. Un rasgo común a todos ellos es su emplazamiento junto a los ejes naturales de comunicación con el Guadalentín y el Segura y en puntos clave, como el Cerro del Carro (en cuyas proximidades se sitúa el hallazgo del centauro de Los Royos) o el Barranco de la Junquera (Fig. 6). Entre estos asentamientos destacan, próximos al Quípar, núcleos como los localizados en el Cabezo de la Fuente de los Morales, la Loma de la Casa Nueva y el que debió quedar asociado a la necrópolis del Villar de Archivel. En la zona lorquina podemos señalar los emplazados en el Coto de los Tiemblos, donde se observan restos de murallas, y el asentamiento de Los Cantos. A este último se han vinculado los restos escultóricos hallados en la necrópolis de la Fuentecica del Tío Garrulo, cercana a dicho centro. En general, todos los establecimientos encuadrados en este segundo grupo no sólo contaron con sus propias necrópolis en las proximidades, sino también con pequeños espacios de culto al aire libre cuya cultura material se reduce a la presencia de pequeñas ollas y cuencos, siguiendo un patrón similar al de los yacimientos de este tipo documentados en el área granadina (Adroher y López 2004: 259-260; Adroher y Caballero 2012: 234). Uno de los aspectos que llama la atención con respecto a ellos es su patrón de asentamiento. Si bien aparecen, como apuntábamos, junto a ejes viarios destacados, la localización de algunos en zonas prácticamente llanas, como es el caso de Los Cantos y, muy probablemente, del

núcleo al que quedó vinculada la necrópolis del Villar de Archivel (Brotóns 2008), muestra un modelo de ocupación distinto al que tradicionalmente se ha definido para los centros de este periodo y claramente relacionado con la explotación agropecuaria de estas tierras.

Una de las cuestiones que surgen con respecto a este segundo grupo de centros secundarios es su relación con respecto a los dos grandes *oppida* documentados en el área de estudio y dentro del marco social y político de estos territorios. La ausencia de excavaciones en dichos centros impide por el momento definir mejor tales aspectos, si bien la presencia en algunos de ellos de determinados tipos de enterramientos (pilar-estela junto a Los Cantos, empedrados tumulares en El Villar de Archivel) y las propias murallas del Coto de los Tiemblos reflejan la presencia de individuos que adquirieron un cierto rango social en esos asentamientos, que bien pudieron estar ligados al grupo aristocrático residente en esos *oppida*. Un caso distinto es el de Los Cantos, cuya localización se define por un cierto aislamiento con respecto a las áreas más directamente controladas por esos dos *oppida*, y que pudo tener un desarrollo más autónomo con respecto a aquellos. En todo caso, y hasta que nuevos trabajos de campo aporten más datos en este sentido, cualquier planteamiento en esta línea es meramente hipotético.

Finalmente, en una última categoría de establecimientos cabría incluir el localizado en el Cerro de la Cueva IV, no lejos del Estrecho de las Cuevas y del *oppidum* de Los Villaricos, con el que presenta una relación visual directa. Su emplazamiento estratégico, en un cerro de fuertes pendientes y acceso complicado, y los escasos materiales que ha ofrecido, le otorgan un carácter muy distinto a otros centros, definiéndolo más como un punto de vigilancia y control ligado al *oppidum* que como un espacio de hábitat (López-Mondéjar 2010: 18) (Fig. 7). No hemos documentado ningún establecimiento de este tipo en el valle del Guadalentín, siendo el citado núcleo del Coto de los Tiemblos el único que, si bien con un carácter distinto, pudo ejercer una función de control sobre el eje de comunicación que representa la vereda de la Rambla de Caravaca.

Volviendo a los rasgos sociopolíticos que definen este periodo, el modelo de poblamiento y las distintas categorías de asentamientos indicadas reflejan ante todo la existencia de una sociedad jerarquizada. Los ejemplos más claros los tenemos en el Noroeste regional donde, a partir del siglo IV a. C., algunos de esos nuevos centros secundarios muestran en sus necrópolis una generalización del armamento, así como importaciones áticas, objetos de adorno y enterramientos cuya

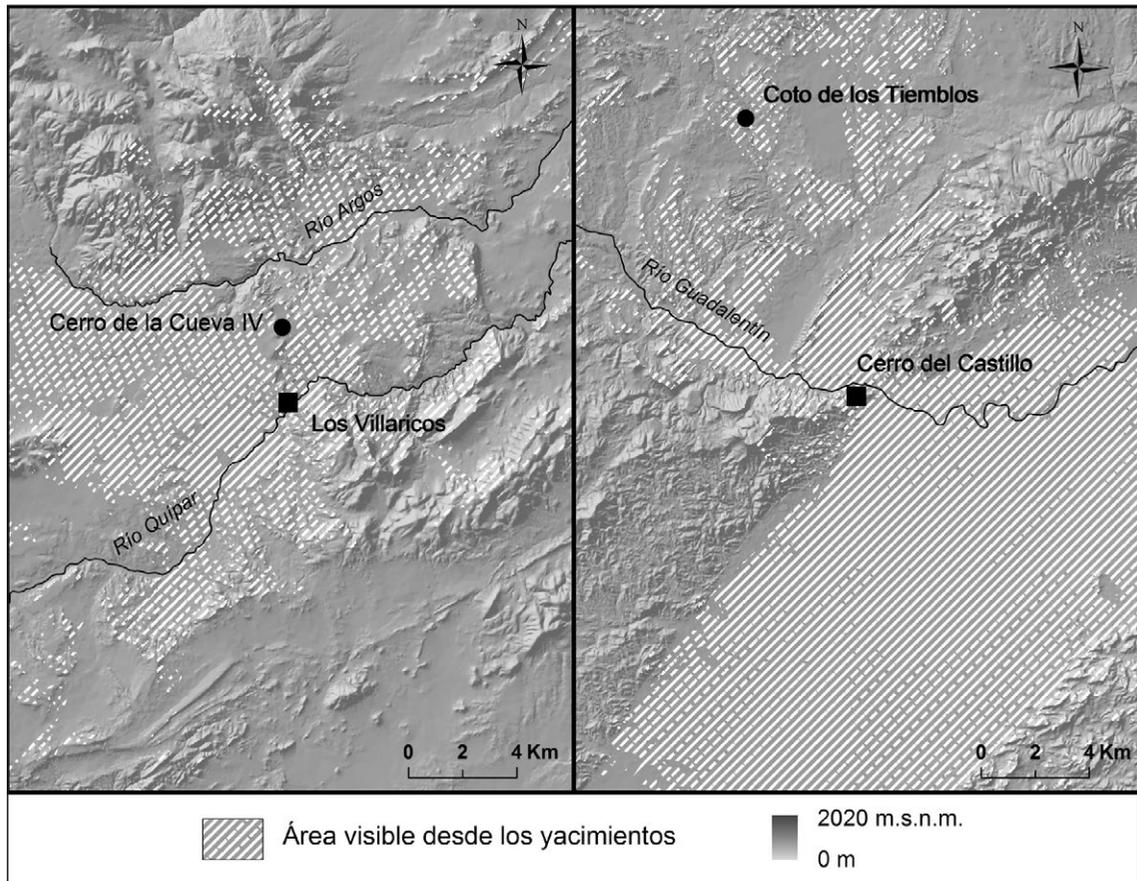


Figura 7. Control visual de los *oppida* de Los Villaricos y el Cerro del Castillo y de los centros instalados en el Cerro de la Cueva IV y el Coto de los Tiemblos.

tipología denota el rango de los individuos a los que pertenecieron (Brotóns 2008). En cualquier caso lo cierto es que la mayor parte de los elementos de carácter suntuario recuperados en ambas zonas se concentran en los *oppida* y en los espacios vinculados a ellos (necrópolis y santuario). Ejemplo son las numerosas importaciones áticas y el carro ibérico recuperados en la necrópolis del Cerro del Castillo (García Cano 2004; Ramírez 2004), así como los elementos realizados en metales preciosos y las representaciones de guerreros en piedra del santuario de La Encarnación. Todos ellos son expresiones de la presencia de un grupo aristocrático que controla el acceso a dichos productos y la redistribución de los mismos.

El esquema social que se dibuja es así similar al propuesto para otros ámbitos del Sureste, como el área granadina y la vecina cuenca del río Mula, en este caso a partir de los datos aportados por El Cigarralajo (Adroher y López 2004: 97-112; Santos 1996: 118). Nos encontramos ante una sociedad formada por una amplia población dedicada a actividades de tipo

agropecuario, que habita en general en esos centros secundarios, granjas y aldeas agrícolas. De forma complementaria, cabe pensar en la existencia de individuos dedicados también a actividades artesanales y de intercambio, las cuales han sido especialmente constatadas en las excavaciones realizadas en el actual casco urbano lorquino. Minoritariamente, como ha planteado Brotóns (2008), encontraríamos a quienes desempeñan funciones guerreras, sin que ello excluyese su participación en esas actividades productivas. Quizás fueron precisamente estos individuos los que se hallaron a la cabeza de esos núcleos secundarios de cierta entidad a los que anteriormente nos referíamos. Finalmente, queda la élite indígena residente en los *oppida*, que organizará estos territorios y con la que esos otros grupos debieron mantener una relación de dependencia como se ha documentado también en otros ámbitos ibéricos meridionales (Ruiz y Molinos 1993).

En general, en base a todo lo indicado, y siendo conscientes de la necesidad de que nuevos datos nos

permitan concretar mejor muchos de los aspectos señalados, podemos plantear la presencia de un modelo definido por dos territorios políticos diferenciados y centralizados en torno a los dos grandes *oppida* comarcales. Cada una de dichas unidades geopolíticas estuvo además controlada por una aristocracia a la cual quedarían vinculados como clientes los habitantes de esos otros núcleos destacados dispersos en el territorio. Precisamente la aparición en estos últimos de productos áticos, como muestran algunas de las tumbas del Villar de Archivel, permite pensar en la circulación de los mismos dentro de los linajes clientelares ligados a esa aristocracia dirigente.

Ningún otro núcleo de los documentados en estos territorios meridionales murcianos alcanzó la importancia de esos dos centros ni jugó un papel territorial similar. Baste en este sentido una mirada comparativa a los datos que han ofrecido las necrópolis excavadas en esta zona, y la clara diferenciación que muestran las sepulturas documentadas en el *oppidum* del Cerro del Castillo y aquellas del asentamiento localizado en las proximidades de Archivel. Mientras en esta última necrópolis el tamaño de los encachados de piedra oscila entre 1,2 - 3,85 m de lado (Brotóns 2008: 32), en el citado *oppidum* alcanzan los 6 m (Cárceles *et alii* 2008). Reflejan así la distinción entre los aristócratas dirigentes y residentes en el *oppidum* y aquellos individuos que, si bien contaron con cierto prestigio social y poder económico, como denotan dichos enterramientos, disfrutaron sin embargo de un estatus diferente a los primeros, marcado por su relación de dependencia con respecto a ellos.

Los dos *oppida* controlaron de forma directa las tierras de su entorno más inmediato, como refleja la ausencia de asentamientos en sus proximidades, configurándose de este modo como centros económicos y sociopolíticos de estos territorios (Fig. 7). Además, a través de esas redes de dependencia, pudieron ampliar su control más allá de ese entorno inmediato dando cohesión a ambos valles favorecidos por el marco natural que conforman las cuencas altas del Quípar y el Guadalentín. La extensión del área de influencia de ambos centros debió quedar así determinada por los propios límites que definen los rasgos geomorfológicos del paisaje en el que se insertan, y por la presencia en sus proximidades de importantes *oppida* ibéricos como Molata de Casa Vieja, Las Cabezuelas y El Cigarralejo, así como de otros núcleos destacados como el establecimiento púnico de Villaricos en el litoral almeriense. Todos ellos aparecen establecidos a una distancia media cercana a los 40 km, tal y como se advierte también en aquellos *oppida* documentados en tierras granadinas y en otros sectores del Sureste ibérico (Soria 2000).

Por lo que respecta a la explotación de los recursos del entorno, y más allá de los territorios directamente controlados por esos *oppida*, no podemos descartar una cierta autonomía en este sentido de centros secundarios como los localizados en Los Cantos, El Villar o el Coto de los Tiemblos. Su localización a una cierta distancia de esos asentamientos principales, evitaría que entrasen en competencia con aquellos. Asimismo, los hallazgos documentados en algunos de ellos reflejan la importancia económica que adquirieron entre la población ciertas actividades, como la ganadería y el trabajo textil (Brotóns 2008).

Desde una perspectiva de conjunto el modelo de poblamiento, la organización territorial y la evolución de los valles de estudio a lo largo de los siglos IV-III a. C., muestran claras similitudes con el panorama que se ha descrito para las vecinas tierras andaluzas. Aquí, a partir del siglo IV a. C., se advierte también un importante incremento del poblamiento que afecta a todo el sector oriental granadino y especialmente al entorno de la población de *Basti* (Baza). El mejor reflejo de dicho proceso es la colonización y puesta en explotación de nuevas tierras a través de toda una serie de centros de carácter secundario con un modelo de ocupación y explotación del territorio muy similar al de aquellos documentados en los valles de estudio y, en particular, al que vemos en el valle del Quípar. La consolidación de los dos principales *oppida* de ambas zonas, Los Villaricos en tierras murcianas y Molata de Casa Vieja (Almaciles) en el área granadina, se produce precisamente en estos momentos (Adroher y López 2004). También el patrón de asentamiento y el modelo económico propuesto para las altiplanicies granadinas en este periodo es similar al que debió desarrollarse en esos territorios meridionales murcianos. Basado fundamentalmente en las actividades agrícolas, y completado, en algunos casos, con el control de las rutas de mayor interés económico (Aguayo y Salvatierra 1987: 235-236), encaja también con el que muestran los centros secundarios surgidos a partir de esa cuarta centuria en el valle del Quípar. Se aprecia así una dinámica poblacional similar en ambos territorios durante los siglos IV-III a. C., a la que cabe sumar también las similitudes en el registro material (como las tipologías funerarias documentadas en El Villar de Archivel). Finalmente, un último aspecto que refleja paralelos entre ambas zonas es la aparición de los pequeños espacios de culto al aire libre a los que hacíamos referencia anteriormente, y de los que por el momento no tenemos constancia en otros sectores del sureste más allá del área lorquina de Coy (Adroher y López 2004: 97-115; Adroher y Caballero 2012: 234). En cualquier caso, como quedará de manifiesto

en su actuación ante Roma, esas similitudes no deben leerse en ningún momento como resultado de una cohesión de tipo político o territorial entre ambas zonas (Adroher *et alii* 2002: 37-38).

El panorama es distinto en el área lorquina, donde a partir del v a. C., el desarrollo de Villaricos y el abandono del Corneros, cambian la tendencia de los siglos VII-VI a. C. mostrando una menor conexión entre estos territorios y el interior andaluz. En cualquier caso, lo cierto es que ninguno de los valles de estudio experimenta los cambios que son visibles en las tierras más próximas al curso del Segura y en toda la zona meridional de Alicante desde finales del IV a. C. El tránsito entre esta centuria y el III a. C. viene marcado en estos últimos territorios por importantes transformaciones, que han querido verse como reflejo de una crisis de carácter sociopolítico y económico (Moratalla 2005: 107; Santos 1992: 41-45). Así, y si bien entre finales del v a. C. y durante el IV a. C. el panorama es aun similar al de los valles analizados (Sala 1996: 21-22; Gutiérrez *et alii* 1998-1999), la situación cambia a partir de fines de esa cuarta centuria y la evolución de los territorios meridionales alicantinos viene marcada por el traslado de poblaciones y el abandono y desaparición de numerosos asentamientos (Abad 1987: 162; Santos 1992: 44), transformaciones que se observan también en las cuencas del Segura y del río Mula, pero que no parecen afectar a los sectores más meridionales de la región. Éstos, como indicábamos, muestran una dinámica distinta y una mayor continuidad a lo largo de este periodo que encaja mejor, especialmente en el caso del valle del Quípar, con la señalada para las tierras granadinas.

#### 4. EL POBLAMIENTO TRAS LA CONQUISTA DE *CARTHAGO NOVA* (SIGLOS II-I A. C.)

La fundación de la ciudad de *Carthago Nova* en el 227 a. C. significó la presencia estable de los púnicos en el Sureste peninsular. A pesar de lo que cabría pensar, y de los cambios que se observan en el ámbito alicantino tras la llegada de los bárquidas, el poblamiento de los territorios meridionales murcianos, y dejando a un lado el entorno de Cartagena y el ámbito litoral, no parece estar marcado por grandes transformaciones que podamos vincular a estos momentos. Aun así, es cierto que el breve periodo de presencia bárquida en la región es mal conocido en estos territorios meridionales y, si bien el poblamiento no parece mostrar grandes cambios, no podemos descartar transformaciones a otros niveles. Los cambios que sí se aprecian deben ponerse más en conexión con la Segunda Guerra Púnica y con los enfrentamientos

entre romanos y púnicos, siendo ya a inicios del II a. C. cuando se ha datado por ejemplo la amortización del sector artesanal de la Torre de Sancho Manuel, la monumentalización del santuario de La Encarnación y la aparición de los nuevos establecimientos rurales en el valle del Quípar, todos los cuales muestran ya materiales itálicos junto a los propiamente indígenas. Si bien la presencia púnica implicó sin duda contactos con el mundo ibérico del interior regional, como reflejan algunos de los hallazgos documentados (Matilla y González 2004), los intereses púnicos debieron centrarse, de forma particular, en las tierras litorales y su entorno más inmediato que, desde el punto de vista económico, respondieron a los objetivos buscados por la instalación bárquida en esta zona peninsular, ofreciendo ricas zonas mineras, sal y esparto (Wagner 1999: 269).

Así, tras el breve periodo de ocupación púnica, es la conquista romana de *Carthago Nova* la que da paso a un nuevo periodo de cambios y reordenación territorial en todo el Sureste, ya en el tránsito de los siglos III-II a. C. Por lo que respecta al poblamiento se observan nuevas transformaciones con respecto a las centurias previas. Éstas vienen marcadas en el valle del Quípar por la desaparición de muchos de los centros del periodo anterior, incluido el Cerro de la Cueva IV, y la aparición de otros de nueva creación. Mientras, en el área lorquina, se advierte una cierta continuidad en el poblamiento, sin que podamos advertir un cambio significativo en el número de centros con respecto al periodo previo.

Si bien la ocupación del territorio y el patrón de asentamiento ofrecen aún claras similitudes en ambas comarcas con el panorama descrito para los siglos IV-III a. C., se advierten ciertos cambios. Así, sin abandonar aquellas zonas habitadas durante las centurias previas, se ocupan ahora nuevos sectores, como el área de Torralba en Lorca con el establecimiento de Los Alagüeces o el entorno de la actual población de Caravaca de la Cruz y el sector de altiplanos de Barranda en el valle del Quípar (Fig. 8). La mayor parte de esos nuevos centros se sitúa en pequeños cerros, lomas y terrazas fluviales, sin un aparente interés por controlar visualmente el territorio. Esta decisión locacional refleja una cierta continuidad en el modelo económico de las centurias previas, como muestran los establecimientos documentados en el Cerro de la Cueva I, la Casa de Mairena y el Altico de Barranda, en el área del Quípar. A pesar de ello, en esta última, el mayor número de centros y la ocupación de nuevos sectores apuntan a una explotación más intensa y variada del territorio. Un buen ejemplo de esos cambios lo proporcionan dos establecimientos documentados en el Noroeste regional y bien conocidos gracias a

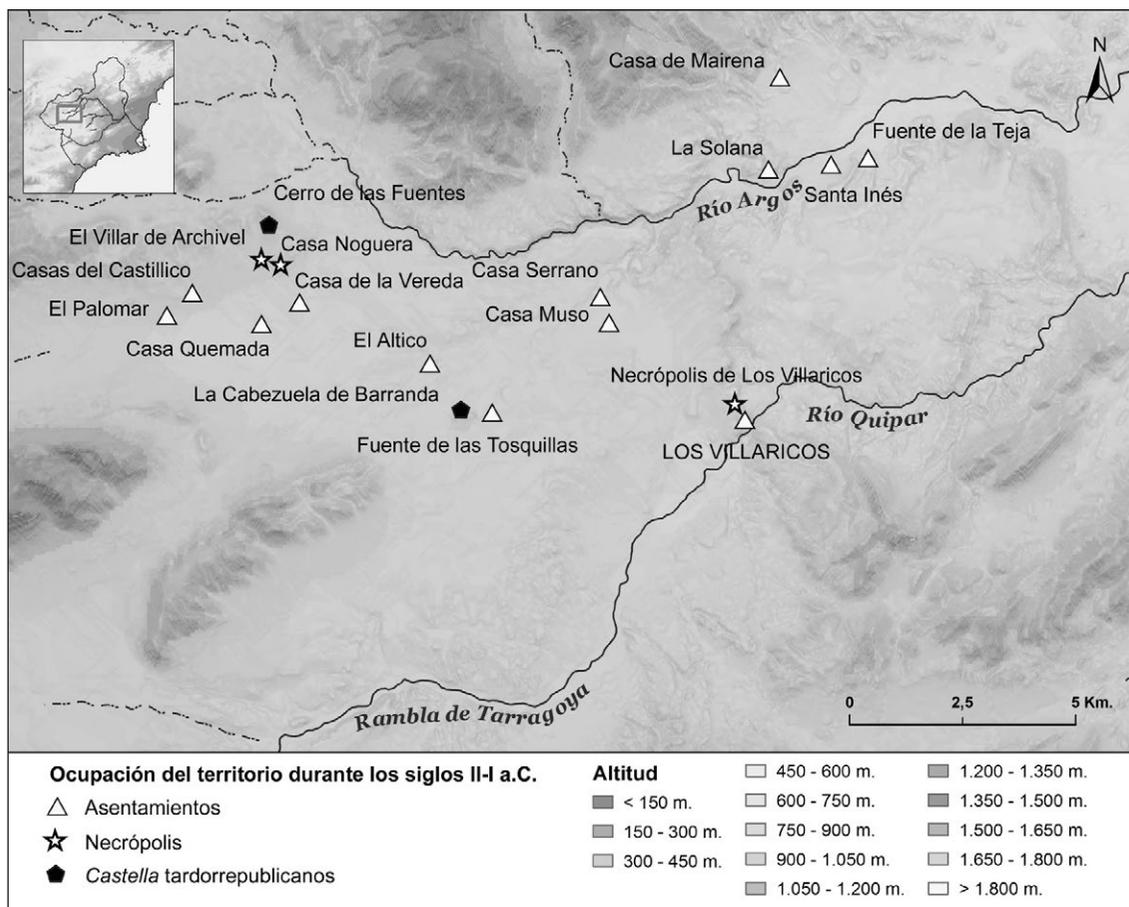


Figura 8. Ocupación del territorio durante los siglos II-I a.C. en los sectores de Archivel y Barranda y localización de los dos *castella* tardorrepublicanos.

los trabajos de excavación desarrollados en ellos: el núcleo emplazado en Santa Inés y el localizado en la Fuente de la Teja (Fig. 8). Ambos se sitúan próximos a la población de Caravaca de la Cruz, en un área donde no tenemos documentada una ocupación durante el periodo anterior. Sin embargo, y mientras la extensión de la Fuente de la Teja apenas sobrepasa las 0,06 ha, tamaño similar al de otros centros de esta zona, la de Santa Inés alcanza casi 1 ha. En ambos yacimientos se ha constatado una explotación de tipo agrícola, tal y como refleja la abundante presencia de cerámicas destinadas al almacenamiento y conservación del excedente agrícola producido. En el caso de la Fuente de la Teja dicha explotación fue completada con el desarrollo de algún tipo de actividad metalúrgica (Murcia 2010). Ésta, documentada en los trabajos de excavación, debió tener un carácter muy secundario, si bien muestra la presencia de actividades complementarias a las agropecuarias en algunos de esos nuevos centros.

En cuanto al valle del Guadalentín, y junto a los núcleos que continúan ocupados del periodo anterior, como es el caso del Coto de los Tiemblos y Los Cantos<sup>9</sup>, aparecen también nuevos centros que transformarán el paisaje del valle y que, a diferencia de los surgidos en los siglos IV-III a. C., se mantendrán ocupados a lo largo de todo el periodo altoimperial, hecho que contrasta también con lo que sucederá con la mayor parte de aquellos localizados en el Noroeste regional.

<sup>9</sup> Entre los materiales recuperados en dichos yacimientos que muestran su continuidad en este periodo cabe destacar la aparición de cerámica campaniense A en Los Cantos (entre ella, un fragmento con una decoración interior formada por dos líneas blancas pintadas, tal y como suele caracterizar a las formas Lamb. 31b y, más raramente, a la Lamb. 33 b, ambas datadas entre mediados del siglo II y mediados del I a. C.) y también en el Coto de los Tiemblos (dos fragmentos de Lamb. 31b de fines III – II a. C.). En este último yacimiento aparecen también pequeños informes de cerámica de paredes finas.

Por lo que respecta al modelo de organización territorial que define los siglos II-I a. C. continuamos observando una clara jerarquización en el poblamiento encabezada por los *oppida* de Los Villaricos y el Cerro del Castillo. Su continuidad como centros articuladores del paisaje en ambos valles refleja la pervivencia de las estructuras socio-políticas y territoriales ibéricas, como se ha señalado también en otros sectores del sureste peninsular (Chapa y Mayoral 1998:74; Keay 1996). Las élites locales continuaron a la cabeza de la sociedad, beneficiándose del interés romano por mantener el *status quo* en estos primeros momentos, asegurando así el control y la explotación de estos territorios a través de las propias estructuras sociopolíticas y económicas desarrolladas por el mundo indígena (Grau 2003: 62-67). Clara expresión de ello es la transformación edilicia experimentada por el santuario ibérico de La Encarnación, con la construcción de dos templos de tipo itálico (Ramallo 1991).

La conquista romana de *Carthago Nova* no significó para estos territorios meridionales una ruptura radical con respecto al periodo anterior, si bien supuso el incremento de los contactos con Roma en todo este sector del Sureste a través de las vías naturales de comunicación que representan los ejes fluviales regionales. Dichos contactos tienen su mejor expresión, más allá del citado santuario, en el propio registro arqueológico de los yacimientos de ambos valles, el cual refleja la progresiva llegada de producciones itálicas que conviven aun en estas centurias (y lo harán hasta bien entrado el periodo imperial) con aquellas indígenas. Ejemplos de esos productos itálicos se documentan en numerosos yacimientos del valle del Quípar, donde observamos ánforas Dressel 1A (135-50 a. C.), 1B y del tipo Ramón T7433, cerámica de cocina y común romana, tejas, cerámica campaniense A (formas Lamboglia 23, 27Bb, 27c/ Morel F 2822 a, 33a (Morel F 2152-2154) y 36, entre otras) y campanienses etruscas y calenas del círculo de la B (formas Lamboglia 1 y 3). Especial interés tiene, en particular, el yacimiento de Campo Coy, localizado en la ruta que une los altiplanos lorquinos y el valle del Quípar. En él se ha documentado la presencia de un bol helenístico, decorado con hojas superpuestas, vaso que generalmente suele aparecer en conexión con el comercio campano y por tanto se localiza junto a ánforas itálicas y campanienses. Este es el caso del recuperado en Campo Coy, que responde a una de las formas más difundidas en el área peninsular, el B.H.R. 8 (de perfil jonio), datada en torno a los años 225-25 a. C.

Un panorama similar se observa también en el valle del Guadalentín, donde el Cerro del Castillo de

Lorca ofrece un amplio conjunto de importaciones datadas en este periodo, entre las que se incluyen diversas monedas de la primera mitad del siglo II a. C., así como una amplia variedad de producciones (Fontela 1992; Martínez y Ponce 1999): cazuelas de tipo rojo pompeyano, cerámica itálica de cocina (Vegas 14), ánforas Dressel 1A, 1B y 2-4 y, sobre todo, campanienses A (formas Lamboglia 23, 27, 28, 31 y 36, entre otras), y etruscas y calenas del círculo de la B (formas Lamboglia 1, 2, 3, 5) (Martínez Alcalde 2006; Ponce 1998).

También la llegada progresiva de influencias itálicas caracteriza los inicios de este periodo en los territorios granadinos más próximos a estas zonas regionales, y particularmente en la zona de Baza. Éstos muestran también el claro interés romano por mantener en funcionamiento las estructuras indígenas, observándose la continuidad de aquellos núcleos que ocupaban puntos clave en los ejes de comunicación o que jugaron un papel destacado en la organización territorial (Keay 1996: 147-177; Chapa y Mayoral 1998: 74). Esa continuidad, que en algunas zonas de Andalucía oriental se extiende a lo largo de los siglos II-I a. C. (Chapa y Mayoral 1998: 66-67), muestra sin embargo una clara ruptura en la comarca granadina de la Puebla de Don Fabrique, en la que el panorama de finales del II a. C. viene marcado por enfrentamientos entre indígenas y romanos (Adroher 1999: 375-384; Adroher *et alii* 2002: 33-37). Esta situación contrasta especialmente con la que se documenta en el valle del Quípar, donde la monumentalización del santuario de La Encarnación y los materiales itálicos utilizados en su decoración, son en cambio una clara expresión de la alianza entre Roma y las élites locales (García Cano 2008; Ramallo 1991). Esa distinta actuación romana y la respuesta indígena muestran, al margen de la evolución paralela que se observa en ellos desde el siglo IV a. C., y como ya indicara Adroher (1999), la ausencia de una unidad política entre ambos territorios. Cabe pensar que fue precisamente la actuación independiente de cada *oppidum* la que, en la mayor parte de los casos, marcó el destino de estas tierras, como reflejan los casos concretos de Los Villaricos y Molata de Casa Vieja (Adroher y López 2004: 140-144, 151-152). A ello cabe añadir el papel que esos núcleos pudieron desempeñar durante la Segunda Guerra Púnica y que influiría de forma decisiva en su posterior evolución, como también pudo hacerlo su inserción en determinadas redes de intercambio y ejes de comunicación.

Por lo que respecta a aquellos territorios situados al norte del valle del Segura, el panorama muestra también cambios importantes durante los siglos II-I a. C., sin que podamos ver, sin embargo, una evo-

lución similar a la de los valles analizados. Cada sector refleja un desarrollo distinto y los conflictos que definen el mundo romano a inicios del I a. C. marcarán la dinámica poblacional de estas centurias (Sala 2012). En el sur alicantino se advierte ya desde el II a. C. un descenso en el número de centros documentados, especialmente en sectores como la depresión meridional, donde hasta entonces se había concentrado el poblamiento, y la desembocadura del Segura donde muchos centros son abandonados. En los valles interiores alicantinos destaca la desaparición del importante *oppidum* de La Serreta y el desarrollo de nuevos asentamientos en su entorno, cuyo origen se ha relacionado con la desaparición de aquel (Grau 2003: 62). Todo ello ha llevado a sugerir una transformación de la estructura territorial del periodo anterior, claramente en conexión con la presencia romana (Moratalla 2005: 109). Frente a esas áreas, otras zonas alicantinas, como el valle medio y alto del Vinalopó, se caracterizan por la aparición de centros de nueva creación emplazados tanto en zonas llanas como en altura y de establecimientos encastillados, los cuales reflejan la inestabilidad que define el periodo en esta área (Abad 1987: 165-166; Moratalla 2005: 109; Sala 2012).

En general, el panorama descrito para algunas de esas zonas alicantinas muestra ciertas similitudes con el que se documenta en los territorios septentrionales murcianos, marcado por la destrucción del enclave de Coimbra del Barranco Ancho (García Cano 2008). Esa situación contrasta, sin embargo, con la de los valles analizados, donde se observa la continuidad de los dos grandes *oppida*, sin advertirse cambios destacados hasta época de Augusto. En ambas zonas de estudio, la pervivencia de dichos centros y el propio registro material de los asentamientos de este periodo muestran la convivencia entre elementos ibéricos e itálicos. A pesar de ello, el proceso de integración de estos territorios en el mundo romano a lo largo de los siglos II-I a. C. refleja ciertos rasgos particulares en cada una de ellas.

En el valle del Quípar la llegada de Roma aparece marcada por la monumentalización que experimenta el lugar de culto ibérico, hecho que refleja la alianza entre Roma y las élites locales que controlan y organizan el territorio vinculado al *oppidum* de Los Villaricos y al santuario. La transformación de este último, unida a la continuidad del *oppidum* muestra la aceptación y adaptación, por parte de las comunidades ibéricas de estos territorios, de las nuevas tradiciones culturales romanas y apunta a un proceso de carácter fundamentalmente socio-político, definido por esa alianza con Roma. A ello cabe sumar un segundo factor que manifiesta también la importancia

de los aspectos socio-políticos en la dinámica de estos territorios a lo largo de este periodo. A mediados del siglo I a. C., y nuevamente de la mano de Roma, otro acontecimiento influirá también de forma decisiva en el mundo ibérico del interior regional murciano: los enfrentamientos entre los partidarios de César y los de Pompeyo. Dichos conflictos tendrán su mejor reflejo en la instalación de los *castella* localizados en el Cerro de las Fuentes de Archivel y La Cabezuela de Barranda, destinados al control de la ruta de acceso a la Alta Andalucía a través de estos territorios interiores (Brotóns y Murcia 2008 y 2014) (Fig. 8). Precisamente con dicho conflicto deben ponerse en conexión las transformaciones que se observan en el poblamiento comarcal en la segunda mitad del siglo I a. C. (Fig. 9).

Por lo que respecta al área lorquina, su proximidad a *Carthago Nova* marcó la llegada de influencias romanas desde un momento más temprano. Reflejo de ello son ciertos materiales documentados en el Cerro del Castillo, como los hallazgos numismáticos fechados, como indicábamos, ya en la primera mitad del II a. C. (Martínez y Ponce 1999: 232-233). Toda esta zona del valle del Guadalentín debió quedar inserta tras la conquista de dicha población en la órbita económica de Cartagena y en los nuevos ejes viarios ligados a ésta. En este sentido, la reactivación de las rutas con el alto Guadalquivir y, ya en el siglo I a. C., la instalación de la vía Augusta fueron claves en el desarrollo de esta comarca murciana (Fig. 10), poniendo de relieve la importancia de los factores económicos en el proceso de integración de estos territorios.

## 5. AUGUSTO Y LAS NUEVAS TRANSFORMACIONES DEL SIGLO I

Con Augusto se inicia un nuevo periodo de cambios caracterizado ya de forma clara por la llegada e instalación de itálicos y la consolidación de un nuevo modelo de ocupación y explotación territorial, marcado por transformaciones en los ejes de comunicación. La ruta que discurría por el Noroeste regional durante el Ibérico Pleno parece quedar ahora en segundo plano, mientras se confirma definitivamente el eje lorquino con la instalación de la vía Augusta, como refleja la epigrafía documentada y la propia distribución del poblamiento (*CIL* II, 4936-4943; Martínez y Muñoz 1999; Martínez y Ponce 2014) (Fig. 10). Insertos en este nuevo panorama viario, los distintos centros documentados en las proximidades del Guadalentín experimentarán un destacado impulso a lo largo de las dos primeras centurias del Imperio.

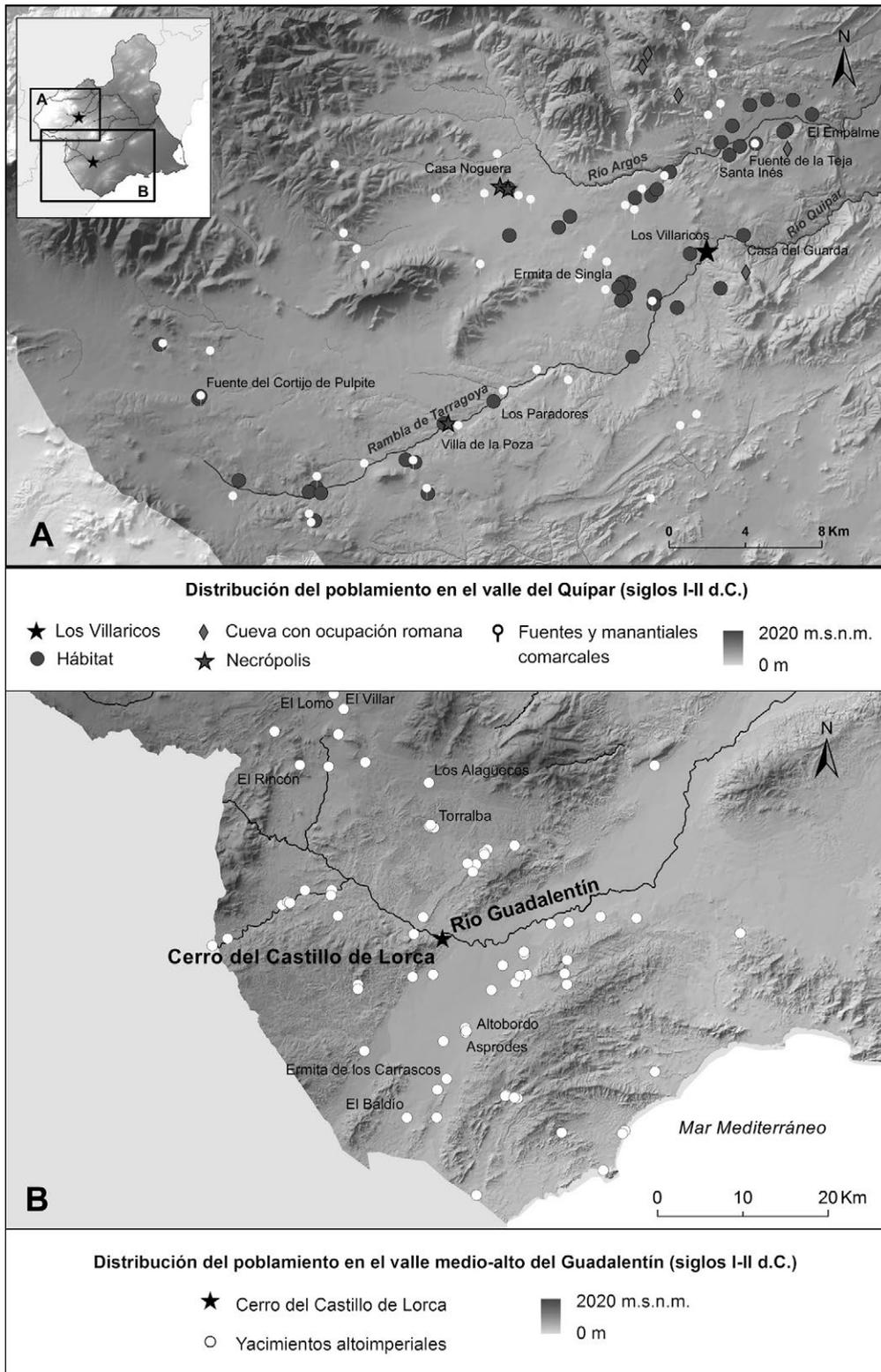


Figura 9. Poblamiento documentado en los valles de estudio durante el periodo altoimperial (siglos I-II d.C.).

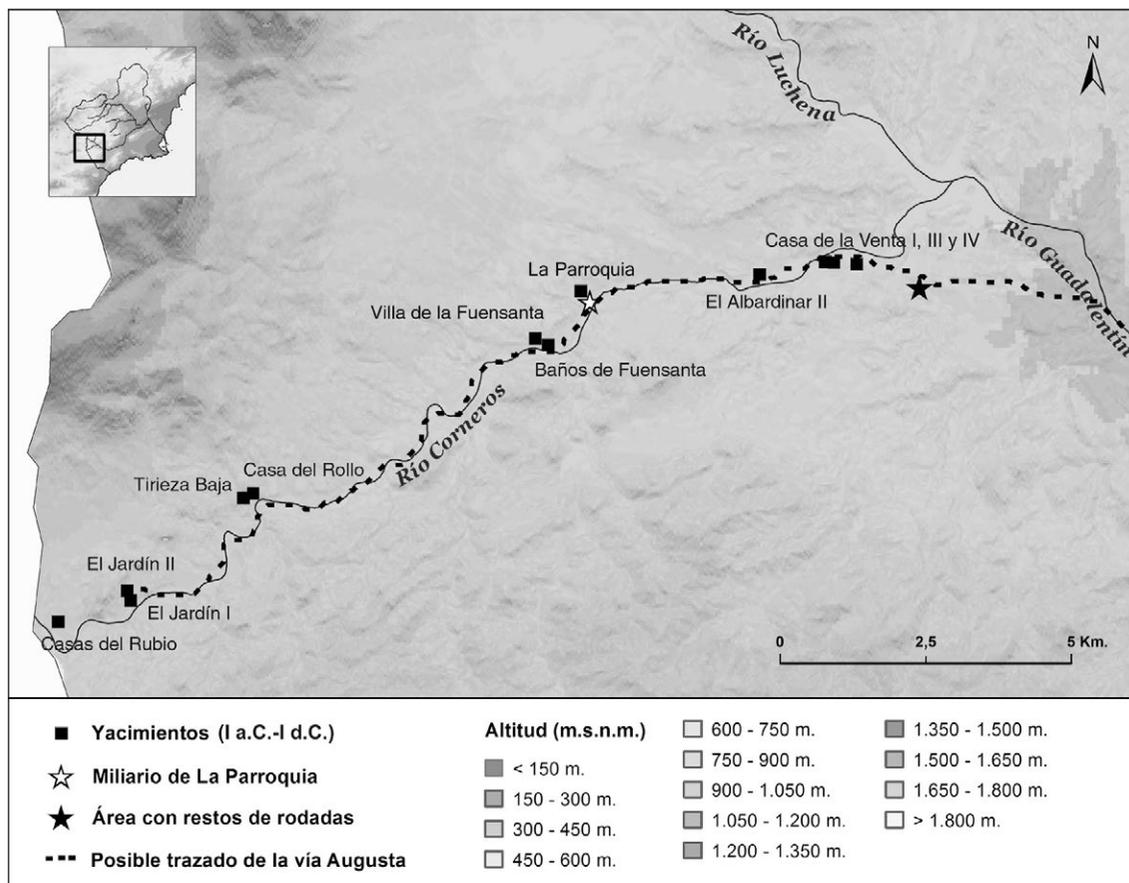


Figura 10. Poblamiento en el valle del Corneros (finales del siglo I a.C.-II d.C.), hallazgos relacionados con el paso de la vía Augusta y trazado de la misma en este sector lorquino.

Se observa, ya a partir de época augustea en el área lorquina, y desde el I también en el interior regional, un notorio incremento del número de asentamientos con respecto a aquellos documentados en los siglos II-I a. C. (Fig. 9). Dicho aumento es especialmente llamativo en el valle del Guadalestín donde de apenas una decena de centros se pasa a casi 60 yacimientos en el I d. C. El incremento es también importante en el Noroeste regional, si bien no tan amplio, pasando aquí de unos 33 centros a más de 50. La mayor parte de esos establecimientos de nueva creación aparecen dispersos por el territorio, ocupando prácticamente todo el espacio comarcal en ambos valles y centrándose especialmente en aquellas tierras más aptas para el desarrollo de las actividades agropecuarias, como la depresión prelitoral lorquina y los sectores de altiplanos de dichos valles, zonas que aparecen densamente pobladas a partir del siglo I.

Este desarrollo del poblamiento y la mayor intensidad que se advierte en aquellas áreas que veíamos ocupadas ya desde los siglos previos parece apuntar

a un incremento de la explotación agrícola. En este sentido, la posibilidad, ya señalada por Belda (1975: 105), de que estas áreas interiores funcionaran como suministradoras de productos agrícolas a núcleos de primer orden y en particular a *Carthago Nova*, es un factor a tener en cuenta y pudo estar tras esa intensificación que se advierte en la explotación de dichos territorios. Ésta viene también acompañada de una mayor diversificación económica. En este sentido, el patrón de asentamiento y el registro material de los asentamientos de este periodo revelan la presencia de actividades complementarias a aquellas exclusivamente agropecuarias, hecho especialmente visible en aquellos centros emplazados junto a la vía Augusta (Fig. 10), pero también en otros localizados en el interior regional, como la Fuente de la Teja, donde se ha documentado todo un sistema ligado a la producción de aceite (Murcia 2011-2012). Se documentan así núcleos de diversa entidad, desde simples granjas o establecimientos agropecuarios de escala reducida o familiar, como los emplazados en El Rincón, Cuesta

de Diego Lario y El Lomo, hasta centros más destacados, algunos de los cuales pueden definirse ya como auténticas *villae*. Entre éstos últimos cabe citar además de la Fuente de la Teja los localizados en El Empalme y La Poza, en el valle del Quípar, donde se han recuperado restos de termas, hornos de teja y *opus signinum*, y los situados en El Villar, la Torre de Sancho Manuel y La Quintilla en el Guadalentín, donde aparecen además restos de mosaicos, escultura y pinturas. En ellos encontramos espacios claramente diferenciados destinados a usos domésticos, productivos, de almacenamiento, etc. Particularmente, en La Quintilla se ha documentado una zona suntuaria articulada en torno a un patio central donde convergen una serie de estancias ricamente decoradas con estucos, pinturas y mosaicos (Ramallo 1995). Por lo que respecta al localizado en El Villar representa también bien este tipo de establecimientos y, aunque se localiza a cierta distancia del trazado de la vía Augusta, estuvo bien conectado gracias a los ejes naturales que comunican los altiplanos de Coy con el valle del Guadalentín. El yacimiento muestra una amplia ocupación desde el siglo I al V así como un abundante registro arqueológico que engloba no sólo producciones cerámicas (terra sigillata con marcas de alfareros (*CIRNIO* y *^LLECIO*)), tanto sudgálica (formas Drag. 15/17 y Drag. 24/25), como africana A (Hayes 3C (Lamb. 4/36b)), C y D, cerámica africana de cocina (Ostia III, 332, Hayes 196 n.1), sino también hallazgos numismáticos (moneda de Claudio II) y restos arquitectónicos (sillares, molduras) (Martínez Rodríguez 1991-1992).

Junto a ese incremento en el número de asentamientos el gran cambio que se advierte en estos territorios meridionales a partir de este periodo viene marcado por la puesta en marcha de la nueva vía romana y por la recuperación del poblamiento en todo el valle del Corneros. Será precisamente junto a dicho eje donde se localice un buen número de los establecimientos de este periodo, muchos emplazados próximos a sectores ocupados durante los siglos VII-VI a. C. Ejemplos de ello son, entre otros, los yacimientos documentados en la Casa de la Venta, Casa del Rollo, El Jardín y La Fuensanta. En este último abundan los recipientes de transporte y almacenamiento, apareciendo también cerámicas de cocina itálicas, cerámica de paredes finas, terra sigillata hispánica (Hispan. 15/17, 18 y 27, 6 de Hayes) y africana A (formas 3B y 9A de Hayes) (Martínez *et alii* 1994). En el Jardín, se ha recuperado también terra sigillata aretina de buena calidad, cerámica de barniz rojo pompeyano y producciones de paredes finas (un fragmento similar a la forma Mayet XXXVIII) (Sánchez *et alii* 1998 y 2010).

Del mismo modo, y más allá de las tierras más próximas a ese eje de comunicaciones, también los núcleos que aparecen en otros sectores más alejados muestran cambios en la distribución del poblamiento y el patrón de asentamiento con respecto al periodo anterior. Así se observa en los centros localizados en Altobordo, Asprodes, Torralba, El Baldío, El Rincón o El Lomo, en el área lorquina, o los situados en El Cortijo del Villar de Pinilla y La Tercia. Éstos, junto a otra serie de establecimientos aparecen precisamente localizados en las proximidades de Los Villaricos, en una zona hasta entonces no ocupada y probablemente bajo el control directo de dicho *oppidum*, y que a partir de ahora vemos explotada a través de estos pequeños centros rurales (Fig. 9).

Otro de los aspectos que llama la atención al analizar estos nuevos establecimientos altoimperiales es su registro material. Éste ofrece una cierta diferenciación entre los yacimientos localizados en el área lorquina y aquellos emplazados en el área interior regional. De este modo, y si dicho registro está ya definido por producciones romanas, estos últimos centros muestran una pervivencia de las cerámicas de tradición indígena (Lechuga 1988). Así lo demuestra su aparición en yacimientos como los de Casa de Aroca, Casa de la Loma, Cortijo del Villar, Casa de Torre Mata, Casa Grande y la Ermita de Singla, entre otros, todos ellos de cronología altoimperial y en los que no hay documentada una ocupación durante las centurias previas. El mejor ejemplo, sin embargo, lo constituye en este sector regional la necrópolis de Casa Noguera (Archivel) en la que, aun a mediados del I, se documentan rituales de incineración que incluyen el uso de recipientes de tradición ibérica (Brotóns 2003: 28; García y Martínez 2004).

En general, todos los cambios indicados para las comarcas analizadas coinciden también con las transformaciones que, a partir del siglo I, se observan en otros territorios próximos. En este sentido, y si durante las centurias previas aún se advertían procesos distintos vinculados al propio desarrollo y actuación de cada *oppidum*, en época altoimperial el panorama entre todas estas zonas se presenta mucho más homogéneo. Al igual que en los valles de estudio, también en las vecinas tierras granadinas desaparecen a partir del siglo I aquellos núcleos de las centurias anteriores que aun persistían, siendo sustituidos por nuevos centros de claro patrón romano (Adroher *et alii* 2002: 56-59). En las tierras meridionales alicantinas la llegada del mundo romano vendrá marcada también por la aparición de asentamientos de diverso tipo dedicados a la explotación agrícola de dichos territorios, incluidas ya algunas *villae*. Todos ellos sustituyen así muchos de los poblados ibéricos de

época anterior ahora abandonados, desarrollándose un hábitat rural disperso basado en pequeñas explotaciones agrarias de diverso carácter y entidad (Abad 1987: 162; Poveda 1991: 75-76).

Un panorama similar es el que ofrecen los territorios de estudio, donde muchos de esos nuevos centros surgen en las proximidades de los dos grandes *oppida* comarcales, poniendo de manifiesto la definitiva desarticulación del modelo organizativo ibérico iniciada ya durante el periodo previo. No sólo desaparecen los yacimientos secundarios documentados durante los siglos II-I a. C. y aquellos que se mantenían desde el Ibérico Pleno, sino que también esos *oppida*, si bien continúan ocupados, pierden progresivamente el papel clave desempeñado durante las centurias anteriores. En este sentido la aparición de algunos de esos establecimientos rurales y de *villae* en las proximidades de ambos núcleos, apunta a un cambio en el modelo de explotación de dichas tierras con respecto a las centurias previas, siendo ahora esos nuevos asentamientos y no los *oppida* los que estarán tras su explotación. Un proceso similar se documenta también en otros sectores del sureste, como en el entorno del vecino Tolmo de Minateda (Albacete) donde dicho centro pierde paulatinamente su rol central a favor de esos nuevos establecimientos rurales (Sanz 1997: 26-27).

Por lo que respecta al nuevo ordenamiento, se observa en el valle del Quípar una cierta articulación espacial de los nuevos centros rurales que surgen en esta primera centuria. Éstos se distribuyen de forma homogénea a lo largo del curso fluvial aunque no se han documentado por el momento trazas que nos lleven a plantear una posible centuriación en esta zona así como tampoco en el ámbito lorquino. Lo que sí parecen reflejar determinados hallazgos es la presencia de población itálica en estas tierras meridionales ya desde el siglo I d. C. En este sentido pueden interpretarse la estatuilla de Mercurio hallada en El Villar y que apunta a la presencia de un larario en dicho centro y la lápida romana aparecida al pie del Cerro del Calvario, también de finales de esa primera centuria. A todo ello cabe sumar la presencia de esculturas y pinturas, algunas como las de la Quintilla, con claros paralelos en el área itálica (Martínez Rodríguez 1996; Ramallo 1995)<sup>10</sup>.

Atendiendo a todo lo indicado, podemos señalar que no es hasta bien entrado el periodo imperial cuando podemos dar por concluida la total integración de ambas áreas de estudio en la órbita romana. Las

dos primeras centurias del Imperio vienen así marcadas en estos territorios meridionales murcianos por la convivencia entre tradiciones ibéricas y romanas manifestada en la cultura material de esos centros. Si bien las transformaciones y rupturas que definen el proceso de integración no parecen ser bruscas en los valles de estudio, la presencia romana se irá dejando sentir cada vez de forma más clara en el poblamiento y los modos de vida y explotación de estos territorios. Prueba de ello es esa ocupación de nuevas áreas o los materiales itálicos, cada vez más abundantes, que irán sustituyendo progresivamente a las producciones de tradición ibérica en el registro arqueológico (Brotóns 2008; Martínez y Ponce 1999). El panorama descrito se mantendrá hasta el tránsito de los siglos II-III, momento en el que se observa de nuevo, y en conexión con los cambios que afectarán a todo el *hinterland* de *Carthago Nova*, una importante transformación en el poblamiento de ambas comarcas, y especialmente en el ámbito lorquino. Ésta tendrá su mejor reflejo en la desaparición de un buen número de esos centros altoimperiales y en el surgimiento de otros, que muestran ya un patrón de asentamiento y un modelo de ocupación del territorio distinto al de los siglos I-II, definido por la búsqueda de posiciones estratégicas en el paisaje de estos valles murcianos (Brotóns y López-Mondéjar 2009).

## 6. A MODO DE SÍNTESIS

Partiendo de todo lo indicado a lo largo del amplio recorrido diacrónico presentado en este trabajo, varios aspectos se desprenden del análisis de los territorios meridionales murcianos. Todos ellos resultan claves para comprender las dinámicas observadas en ambos valles y, en general, en el sureste peninsular, entre los siglos V a. C.-II d. C.

1. Al margen de la evolución particular de cada sector, una perspectiva de conjunto del sureste durante el Ibérico Pleno, y concretamente a lo largo del siglo IV a. C., muestra el desarrollo de un proceso común a todo el territorio murciano, marcado por la afirmación de los grandes *oppida* y de sus territorios socio-políticos. Es en éste en el que cabe encuadrar la consolidación de los núcleos de Los Villaricos y el Cerro del Castillo de Lorca como centros principales y articuladores del poblamiento en ambos valles de estudio, que se articulan aquí como unidades políticas diferenciadas. En torno a ellos se desarrolló una red de centros secundarios de diversa entidad que mantuvieron lazos de dependencia con dichos *oppida*, tal y como refleja la presencia en algunos de ellos de determinados tipos de enterramientos y ajuares clara-

<sup>10</sup> También en esta línea cabría interpretar una palmeta pintada localizada en el Rincón de Guitarra y datada en el I d. C., que quizás podría vincularse con un monumento funerario romano.

mente vinculados a individuos con un cierto estatus social y riqueza. En este sentido, destaca el desarrollo adquirido por un número reducido de centros, como el Coto de los Tiemblos, Los Cantos o el asociado al Villar de Archivel, residencias probablemente de esos grupos clientelares.

2. El análisis presentado pone de manifiesto la existencia de interesantes paralelos durante el periodo ibérico y hasta el I a. C. entre las dinámicas poblacionales definidas para los territorios murcianos estudiados, y particularmente para el valle del Quípar, y aquellas documentadas en el área oriental granadina. Al margen de los cambios observados en la Puebla de Don Fabrique a finales del II a. C., tanto el patrón de asentamiento, como el modelo de ocupación y el carácter de ciertos yacimientos (espacios de culto) documentados en el área andaluza oriental muestran una evolución paralela de ambos territorios. A ello cabe sumar las similitudes que, también desde el punto de vista cultural, se han señalado tradicionalmente entre ambas zonas (Chapa y Mayoral 1998: 65).

En el caso lorquino, esas similitudes con el mundo ibérico andaluz son particularmente más claras a lo largo de los siglos VII-V a. C., siendo el hallazgo del carro ibérico documentado en la necrópolis del Cerro del Castillo ya en el V a. C. un claro reflejo de ello. A partir de este momento, sin embargo, se advierte un cambio en dicha tendencia, que debemos poner en conexión con la expansión púnica en el área almeriense y con los cambios que se producen en los ejes de intercambio, incluido el valle del Corneros. Todo ello afectó a las conexiones entre la zona lorquina y las tierras andaluzas interiores y, como sugieren la estructura en forma de piel de toro (Cárceles *et alii* 2011) y las importaciones de origen púnico documentadas en el *oppidum* lorquino a partir del V a. C. (Martínez Alcalde 1998: 30-32), pudo provocar una reorientación de los intereses económicos del Cerro del Castillo y un mayor contacto con las áreas almerienses más próximas a Villaricos.

3. El proceso de integración romano presentó un carácter propio en cada uno de los valles de estudio, siendo la actitud de los propios *oppida* la que determinó y marcó el destino de los núcleos a ellos asociados, como queda de manifiesto también en las regiones limítrofes (andaluza y alicantina). Esa distinta actuación e intereses en cada territorio tanto por parte de las élites locales como de la propia Roma dio lugar también a un modelo de integración en el que más allá de los criterios comunes que definen dicho proceso, predominan ciertos rasgos diferenciados en cada valle. Roma supo adecuar en todo momento su actuación al carácter propio de cada área, adaptando e integrando un mundo indígena, comple-

jo y heterogéneo, y beneficiándose en los primeros momentos de sus propias estructuras de control y explotación territorial para transformarlas lentamente. Así, mientras dicho proceso aparece definido por la alianza con Roma en el caso del Quípar, expresada en la monumentalización de La Encarnación, en el Guadalentín se presenta impulsado por los contactos económicos y comerciales del Cerro del Castillo con ese mundo romano. Asimismo, la reactivación de las comunicaciones entre el litoral y el Guadalquivir ya a finales del I a. C. y, en particular, la instalación de la vía Augusta, conducirán a la plena integración del valle del Guadalentín en la órbita económica de Cartagena.

4. Finalmente, desde Augusto, y especialmente a partir del I, el análisis de estos territorios al sur del río Thader pone de manifiesto nuevas transformaciones en el poblamiento que conducirán a una homogeneización del paisaje en todo el Sureste. Dichos cambios irán progresivamente dando paso a un modelo definido ya claramente por los intereses romanos y en el que los nuevos asentamientos rurales, y entre ellos especialmente las *villae*, adquirirán un papel fundamental como unidades de explotación territorial. Los nuevos criterios de ocupación romanos diluirán las diferencias que a lo largo de las centurias previas caracterizaron el poblamiento y su evolución en ambos valles así como en las vecinas tierras andaluzas y alicantinas, y *Carthago Nova* se convertirá sin duda en el punto de referencia cultural, económico y socio-político de todo el sureste.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abad, L. 1987: "El poblamiento ibérico en la provincia de Alicante", *Iberos. I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén, 157-169.
- Adroher, A. 1999: "Galera y el mundo ibérico bastetano. Nuevas perspectivas en su estudio", J. Blánquez y L. Roldán (eds.), *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo I*, Madrid, 375-384.
- Adroher, A. y Caballero, A. 2012: "Santuarios y necrópolis fuera de las murallas: el espacio periurbano de los oppida bastetanos", C. Belarte y R. Plana (eds.), *Le paysage périurbain en Méditerranée occidentale pendant la Protohistoire et l'Antiquité*, Tarragona, 231-244.
- Adroher, A. y López, A. 2002: "El impacto romano sobre los asentamientos ibéricos en la alta Andalucía: las intrabéticas septentrionales", C. González y A. R. Padilla (eds.), *Estudios sobre las ciudades de la Bética*, Granada, 9-48.

- Adroher, A. y López, A. (eds.) 2004: *El territorio de las altiplanicies granadinas entre la Prehistoria y la Edad Media*, Sevilla.
- Adroher, A., Pachón, J. A. y López, A. 2002: *Granada arqueológica. La cultura ibérica*, Granada.
- Aguayo, P. y Adroher, A.M. 2002: "El mundo ibérico en la Alta Andalucía. Planteamientos, presentación y futuro de la investigación arqueológica", *Mainake* XXIV: 7-33.
- Aguayo, P. y Salvatierra, V. 1987: "El poblamiento ibérico en las altiplanicies granadinas", *Iberos. I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén, 235-236
- Belda, C. 1975: *El proceso de romanización de la provincia de Murcia*, Murcia.
- Bonet, H. y Mata, C. 2008: "Las cerámicas ibéricas. Estado de la cuestión", D. Bernal y A. Ribera (eds.), *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*, Cádiz, 147-170.
- Brotóns, F. 2003: "Excavaciones arqueológicas en Casa Noguera de Archivel (Caravaca de la Cruz). Solar en calle Virgen de la Esperanza y calle Casa Noguera", *XIV Jornadas de Patrimonio histórico y Arqueología Regional*, Murcia, 28-30.
- Brotóns, F. 2008: "La necrópolis tumular ibérica de El Villar de Archivel (Caravaca de la Cruz-Murcia)", *I Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*, Madrid, 23-42.
- Brotóns, F. y López-Mondéjar, L. 2010: "Poblamiento rural romano en el Noroeste murciano", J. M. Noguera (ed.), *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania. 15 años después*, Murcia, 413-438.
- Brotóns, F. y Murcia, A. J. 2008: "Los castella tardo-republicanos de la cuenca alta de los ríos Argos y Quípar (Caravaca)", *Del imperium de César a la avctoritas de Augusto*, Anejos de Archivo Español de Arqueología XLVII, Madrid, 49-66.
- Brotóns, F. y Murcia, A. J. 2014: "Una guarnición tardorrepública romana en la cuenca alta de los ríos Argos y Quípar. El castellum de Archivel y la turris de Barranda (Caravaca-Región de Murcia)", F. Sala y J. Moratalla (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania. Una revisión histórica desde la Contestania*, Alicante, 183-198.
- Cárceles, E., Carrillo, J., González, J.A., Ramos, F. 2008: "La necrópolis ibérica de Lorca. Una visión de conjunto", A. M. Adroher y J. Blázquez (eds.), *Ier Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana*, vol., 2, Madrid, 43-58.
- Cárceles, E., Gallardo, J. y Ramos, F. 2011: "Excavaciones urbanas en Lorca: solar esquina calle Álamo con Núñez de Arce (santuario ibérico de tipo orientalizante)", *Verdolay* 13, 71-81.
- Cámalich, M. D. y Martín, D. 1999: *El territorio almeriense desde los inicios de la producción hasta fines de la antigüedad*, Sevilla.
- Chapa, T. y Mayoral, V. 1998: "Explotación económica y fronteras políticas: diferencias entre el modelo ibérico y el romano en el límite entre la Alta Andalucía y el Sureste", *Archivo Español de Arqueología* 71, 63-77. <http://dx.doi.org/10.3989/aespa.1998.v71.275>
- Chávez, E., Cámalich, M. D., Martín, D. y González, P. 2002: *Protohistoria y Antigüedad en el Sureste peninsular. El poblamiento de la Depresión de Vera y Valle del río Almanzora (Almería)*, BAR Int. Series 1026, Oxford.
- Fernández, J. y Serrano, D. 1995: "Materiales arqueológicos de El Moral, Caravaca de la Cruz", *Memorias de Arqueología* 3, 89-97.
- Fontela, S. 1992: *La circulación monetaria romana en el valle del Guadalentín*, Murcia.
- Gallardo, J., González, J. A., y Oteo, M. 2007: "La actividad alfarera en Lorca: Pervivencia artesanal desde época ibérica hasta el siglo XIX", *Alberca* 5, 135-152.
- García Blázquez, L. A. y Martínez, C. 2004: "Intervención arqueológica en Casa Noguera (Archivel, Caravaca de la Cruz)", *Memorias de Arqueología* 12, Murcia, 235-252.
- García Cano, J. M. 1992: "Las necrópolis ibéricas en Murcia", *Congreso de Arqueología Ibérica: Las necrópolis*, Madrid, 313-347.
- García Cano, J. M. 2004: "Contribución al estudio del poblamiento ibérico en el valle del Guadalentín: la cerámica ática de Lorca, 1", *Alberca* 2, 53-80.
- García Cano, J. M. 2008: "El poblamiento ibérico ante la romanización. El caso de la Región de Murcia", *IV Congreso Hispano-Italiano histórico-arqueológico. Iberia e Italia*, Murcia, 521-528.
- García Cano, J. M. e Iniesta, A. 1984: "Hipótesis sobre el desarrollo histórico de la cultura ibérica en el noroeste de la región de Murcia", *Anales de la Universidad de Murcia* XLII 3-4, 71-76.
- González, S., Sánchez-Palencia, F. J., Flores, C. y López, I. 2014: "Procesos de apropiación y memoria en el Sureste peninsular durante la Segunda Edad del Hierro: Molinicos y La Umbría de Salchite en la construcción de un territorio político", *Zephyrus* LXXIII, 149-170. <http://dx.doi.org/10.14201/zephyrus201473149170>
- Grau, I. 2003: "La reorganización del territorio durante la romanización: un caso de estudio en el área central de la Contestania", L. Abad (ed.), *De Iberia in Hispaniam*, Alicante, 53-73.

- Gutiérrez, S., Moret, P., Rouillard, P. y Sillières, P. 1998-1999 : «Le peuplement du Bas Segura de la protohistoire au moyen âge (prospections 1989-1990)», *Lucentum* XVII-XVIII, 25-74. <http://dx.doi.org/10.14198/lvcentvm1998-1999.17-18.02>
- Keay, S. J. 1996: «La romanización en el sur y el levante de España hasta la época de Augusto», J. M. Blázquez y J. Alvar (eds.), *La Romanización en Occidente*, Madrid, 147-177.
- Lechuga, M. 1988: “Cerámica pintada de tradición indígena en el yacimiento romano del Cerro de la Ermita de Singla (Caravaca, Murcia)”, *Antigüedad y Cristianismo* V, 626.
- Lillo, P. A. 1981: *El poblamiento ibérico en Murcia*, Murcia.
- Lillo, P. A. 1985: “La cultura ibérica en tierras murcianas”, *Arqueología del País Valenciano*, Alicante, 273-280.
- López-Mondéjar, L. 2009: “Los castella tardorrepúblicanos del Noroeste murciano en el marco del paisaje comarcal del siglo I a. C.”, *Zephyrus* 64, 97-113.
- López-Mondéjar, L. 2010: “El poblamiento ibérico en el Noroeste murciano: una aproximación al oppidum de Los Villaricos a través de su patrón de asentamiento”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid* 36, 7-25. <http://dx.doi.org/10.15366/cupauam2010.36.001>
- Martínez, C. y Muñoz, F. A. 1999: *Poblamiento Ibérico y Romano en el sureste peninsular: la Comarca de los Vélez (Almería)*, Granada.
- Martínez, C. y Muñoz, F. A. 2002: “Factores de cohesión y ordenamiento territorial en el sur de la Tarraconense: La comarca de los Vélez”, C. González y A. Padilla, *Estudios sobre las ciudades de la Bética*, Granada, 289-301.
- Martínez Alcalde, M. 1998: “Excavación de urgencia en el solar Alberca VI (Lorca)”, *Resumen de las IX Jornadas de Arqueología Regional*, Murcia, 30-32.
- Martínez Alcalde, M. 2006: “Excavación arqueológica en la zona de La Alberca (Lorca, Murcia). Un horno alfarero de los siglos VII-VI a. C. y un centro comercial y militar de época tardopúnica y romana”, *Memorias de Arqueología* 14, Murcia, 213-260.
- Martínez Rodríguez, A. 1991-1992: “El Villar de Coy. Una villa romana de larga continuidad”, *Anales de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Murcia* 7-8, 207-217.
- Martínez Rodríguez, A. 1996: “Primera campaña de excavaciones en la villa romana de la Torre de Sancho Manuel (Lorca)”, *Memorias de Arqueología* 5, Murcia, 142-158.
- Martínez Rodríguez, A. 2008: “Aportaciones al estudio de Lorca durante los siglos III-I a. C.”, *IV Congreso Hispano-Italiano histórico-arqueológico. Iberia e Italia*, Murcia, 529-544.
- Martínez Rodríguez, A. 2010: “Poblamiento rural romano y tardoantiguo en Lorca”, J. M. Noguera (ed.), *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania. 15 años después*, Murcia, 285-320.
- Martínez Rodríguez, A., Jiménez, J. F. y Ponce, J. 1994: “Aproximación al poblamiento fronterizo en la comarca del Alto Vélez: Xiquena y Tirieza”, *IV Congreso de Arqueología Medieval Española II*, Alicante, 443-449.
- Martínez Rodríguez, A. y Ponce, J. 1999: “Evolución del poblamiento desde época ibérica hasta los inicios de la Romanización en el casco urbano de Lorca (Murcia)”, *XXIV Congreso Nacional de Arqueología* 4, Murcia, 227-238.
- Martínez Rodríguez, A. y Ponce, J. 2014: “El descubrimiento de un nuevo miliario en El Hornillo (Lorca)”, *Alberca* 12, 59-72.
- Matilla, G. y González, R. 2004: “Monedas púnicas en la Región de Murcia: la significación de algunos contextos”, *El mundo púnico: religión, antropología y cultura material. II Congreso Internacional del Mundo Púnico*, Murcia, 199-204.
- Mayoral, V. 2004: *Paisajes agrarios y cambio social en Andalucía oriental entre los períodos ibérico y romano. Anejos de Archivo Español de Arqueología XXXI*, Madrid.
- Moratalla, J. 2005: “El territorio meridional de la Contestania”, *Jornadas de Arqueología: La Contestania Ibérica, treinta años después*, Alicante, 91-118.
- Murcia, A. 2010: “El yacimiento de la Fuente de la Teja (Caravaca de la Cruz, Murcia): granja tardorrepública, ‘pars fructuaria’ altoimperial y reocupación bajoimperial”, J. M. Noguera (ed.), *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania. 15 años después*, Murcia, 438-466.
- Murcia, A. 2011-2012: “La pars fructuaria de La Fuente de la Teja (Caravaca de la Cruz, Murcia): aspectos tecnológicos y productivos”, *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia* 27-28, 319-327.
- Ponce, J. 1998: “Excavación arqueológica calle Cava 20-22 (Lorca, Murcia)”, *Memorias de Arqueología* 7, Murcia, 277-287.
- Poveda, A. M. 1991: “Transformación y romanización del hábitat ibérico contestano de las cuencas alta y media del Vinalopó”, *Alebus* 1, 75-76.
- Ramallo, S. F. 1991: “Un santuario de época tardorrepública en la Encarnación, Caravaca, Murcia”.

- Cuadernos de Arquitectura romana* 1, Murcia, 39-65.
- Ramallo, S. F. 1995: "La villa romana de La Quintilla (Lorca): Una aproximación a su proyecto arquitectónico y al programa ornamental", J. M. Noguera (ed.), *Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania*, Murcia, 49-79.
- Ramallo, S. F., Noguera, J. M. y Brotóns, F. 1998: "El Cerro de los Santos y la monumentalización de los santuarios ibéricos tardíos", *Revista de Estudios Ibéricos* 3, 11-69.
- Ramírez, J. A. 2004: "Excavaciones en calle Corredera 46 y 47 de Lorca", *Resumen de las XV Jornadas de Patrimonio histórico y Arqueología Regional*, Murcia, 113-118.
- Ramos, F. y García, M. 2004: "Excavación arqueológica de urgencia en calle Rincón de Moncada, Lorca (Murcia)", *XV Jornadas de Patrimonio histórico y Arqueología Regional*, Murcia, 109-110.
- Ros, M. M. 1989: *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el valle del Guadalentín*, Murcia.
- Ruiz, A. y Molinos, M. 1993: *Los iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona.
- Ruiz, A. y Molinos, M. 2007: *Iberos en Jaén*, Jaén.
- Sala, F. 1996: "Algunas reflexiones sobre la fase antigua de la Contestania ibérica: de la tradición orientalizante al periodo clásico", *Anales de Arqueología Cordobesa* 7, 9-32.
- Sala, F. 2012: "El litoral de la Contestania ibérica ante la conquista romana: una cuestión de confines en el sureste de Hispania", F. Prados, I. García y G. Bernard (eds.), *Confines: el extremo del mundo durante la antigüedad*, Alicante, 213-226.
- Sánchez, M. J., Medina, A. J. y Sánchez, M. B. 1998: "Prospecciones arqueológicas en el Valle del Río Vélez (Lorca). V Campaña", *Resumen de las IX Jornadas de Arqueología Regional*, Murcia, 64-65.
- Sánchez, M. J., Medina, A. J. y Sánchez, M. B. 2010: "Prospecciones arqueológicas sistemáticas en el valle del río Vélez o río Corneros (Lorca, Murcia)", *Memorias de Arqueología* 15, 1125-1176.
- Santos, J. A. 1992: "Territorio económico y político del sur de la Contestania Ibérica", *Archivo Español de Arqueología* 65, 33-47.
- Santos, J. A. 1996: "Sociedad ibérica y cultura aristocrática a través de la imagen", R. Olmos (ed.), *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*, Madrid, 115-130.
- Sanz, R. 1997: *Cultura ibérica y romanización en tierras de Albacete*, Albacete.
- Soria, L. 2000: *La cultura ibérica en la provincia de Albacete*. Tesis doctoral. Universidad de Castilla-La Mancha.
- Wagner, C. G. 1999: "Los Bárquidas y la conquista de la Península Ibérica", *Gerión* 17, 263-294.

Recibido: 10-03-2015  
 Aceptado: 08-07-2015